

EL TERCER CHIMALLI

ENRIQUE HORMIGO



Cuando la situación semeja ser exactamente tal como se nos aparece,
la alternativa más probable es que sea una farsa total;
cuando la farsa es excesivamente evidente,
la posibilidad más probable es que no haya nada de farsa.

Erving Goffman

Índice

Capítulo 1: El chimalli.....	11
Capítulo 2: El espejo	29
Capítulo 3: Luz y color.....	41
Capítulo 4: Marginados.....	55
Capítulo 5 : Amigos hasta en el infierno.....	63
Capítulo 6: Atrapados.....	73
Capítulo 7: La pistola de juguete.....	87
Capítulo 8: La mujer de dulce mirada.....	103
Capítulo 9: Cuestión de distancia.....	113
Capítulo 10: El correo electrónico.....	131
Capítulo 11: Dos gotas de agua.....	139
Capítulo 12: El Cuarto Voto	161
Capítulo 13: Lucía	175
Capítulo 14: La felicitación	197
Capítulo 15: El detective frente al hombre.....	219
Capítulo 16: El día de La Merced	231
Capítulo 17: Tras el talismán	241

Capítulo 18: Encajando las piezas del puzle	277
Capítulo 19: El horror del fanatismo machista.....	281
Capítulo 20: Al otro lado del cristal	291
Capítulo 21: La buena y comprensiva Esther	299
Capítulo 22: La película	313
Capítulo 23: La trampa.....	321
Capítulo 24: Hombre, talismán y Dios.....	337
Capítulo 25: ¡Feliz cumpleaños!.....	341
Capítulo 26: La detención	351
Epílogo	377

1

El chimalli

Estaba cansado, muy cansado; las secuelas de toda la noche trabajando estaban aflorando y no conseguía mantenerse despierto. Eran las diez de la mañana y aún debía reunirse con una mujer que, con voz entrecortada y triste, pedía su ayuda a través del teléfono.

Cuando recibió la llamada percibió rápidamente que esta no era como otras que atendía a diario solicitando su ayuda; su femenina voz nerviosa, ligeramente temblorosa y ahogada, suplicaba que se investigaran las circunstancias de un suicidio de alguien muy cercano. No sabía más, pues las lágrimas de la mujer que hablaba herían el sonido en su quebradiza garganta.

La reunión tendría lugar a las doce de la mañana por lo que Emilio Gálvez sólo tenía un par de horas para recostarse un poco sobre el sofá de piel que adornaba su despacho. Corrían los primeros días del mes de septiembre y los imprevistos del trabajo le habían impedido disfrutar con anterioridad de unas merecidas vacaciones; tras la reunión le esperaba una ducha, un sueño reparador y unas maletas en casa, ya prácticamente hechas, que le acompañarían a partir de mañana, y durante ocho días, a alguna parte del Caribe. Esa noche se había visto obligado a quedarse en su despacho para organizar los asuntos pendientes y para elaborar el correspondiente informe tras la investigación encargada por una compañía aseguradora, por un más que probable fraude. Antes de llegar a casa debería pasar por la sede de la compañía a entregar el informe.

La aseguradora ya conocía los resultados de la investigación pues sus responsables habían sido puntualmente informados a lo largo de la misma. Este asunto era uno de tantos en los que se descubría un presunto delito de estafa en grado de tentativa, y otro de denuncia falsa por parte del tomador de la póliza. Según la denuncia, los ladrones habían asaltado un chalet, propiedad del

denunciante, y se habían apropiado de una cantidad indeterminada de joyas por valor de doscientos mil euros, habían robado un gran número de trajes y vestidos de marca por un valor similar, una cámara de vídeo, una fotográfica, dos ordenadores y un televisor de plasma de cuarenta y dos pulgadas, además de una cantidad en efectivo de quince mil euros.

La inspección ocular realizada en la zona por los funcionarios policiales, y necesariamente forzada por la denuncia interpuesta por el tomador de la póliza, no había arrojado resultados relevantes. La compañía, concedora de las dificultades económicas por las que estaba pasando el interesado, decidió contratar los servicios de un detective privado para conocer las circunstancias que rodeaban al siniestro declarado. La investigación de Emilio, aunque larga, había resultado relativamente sencilla y la compañía había quedado muy satisfecha. La versión oficial, y a su vez errónea, indicaba que los ladrones, seguramente concedores de que se trataba de una segunda vivienda y era utilizada por sus propietarios únicamente algunos fines de semana al año, aprovecharon que esta se encontraba deshabitada para perpetrar el robo. Para ello los delincuentes habían accedido, desde un descampado, por la parte trasera del jardín, que estaba rodeado por una alambrada que había sido convenientemente cortada con una cizalla, abriendo un hueco de medianas dimensiones por donde entraban y salían los delincuentes con los objetos robados, que depositaban en una furgoneta que esperaba en el descampado.

Desde el jardín, los ladrones habrían entrado a la vivienda forzando un pequeño candado que cerraba una verja de hierro forjado que, a su vez, protegía una puerta corredera de aluminio. Esta puerta daba entrada directa al salón a modo de terraza. En la parte delantera de la casa estaba la puerta principal.

Cuando el detective Gálvez habló con el interesado, le extrañó que le comentara que se trataba de una casa que utilizaba con su familia únicamente algunos fines de semana al año, y cuando hacía buen tiempo. En realidad, según comentaba, llevaba más de dos meses sin aparecer por allí, pues corría el mes de agosto y la familia había decidido ir de vacaciones a algún sitio de la costa. A su regreso, decidieron pasar por el chalet únicamente para dejar unas cortinas y otros ornamentos que habían comprado durante su descanso estival. Tres días más tarde volverían al chalet para disfrutar del último fin de semana del mes, encontrándose con el panorama que motivó la denuncia. Su versión no cuadraba con los trajes y vestidos de marca, ni con las joyas, ni mucho menos con el dinero en efectivo que pudiera haber en una casa no habitada más que unos pocos fines de semana al año.

Tampoco cuadraba la fecha de fabricación del modelo de la cámara de vídeo que, según el interesado, le habían robado. Al parecer, y conforme decía, había aprovechado la fecha de cumpleaños de su mujer, dos años atrás, para regalarle esa cámara que ansiaba desde hacía tiempo. No tenía recibo, factura o garantía que pudiera probar su existencia, pero Emilio pudo saber, a través del fabricante, que esa cámara llevaba en el mercado apenas nueve meses.

Respecto al televisor de plasma sí pudo el interesado aportar a la compañía aseguradora factura, instrucciones y garantía, pero lo cierto es que el

único hueco por el que pudo salir, la alambrada cortada por la parte de atrás del jardín, no tenía, por muy poco, el tamaño suficiente. Para ello Emilio no tuvo más que mirar en las instrucciones las dimensiones del televisor, viendo que no pudo salir, de ninguna manera, por el hueco abierto. El propio fabricante le confirmó, igualmente, el tamaño que ya conocía del televisor.

El detective Gálvez sabía que tendría que centrarse, además, en esos tres días en que, según el propietario de la casa, tuvo que producirse el robo para que no existiese ningún género de duda sobre el fraude que empezaba a vislumbrarse. El testimonio aportado por los vigilantes de seguridad de un grupo de chalés en obras que se encontraban paradas durante el mes de agosto, así como los partes de servicio facilitados por la empresa para la que trabajaban, fueron cruciales para saber que no pudo pasar ningún vehículo al descampado entre las diez horas del lunes y las catorce horas del viernes, cuyo único acceso en coche era por esa zona. No pudo obtener mayor información de la empresa de seguridad, ya que los fines de semana no tenían contratado el servicio porque, al parecer, la urbanización era lo suficientemente segura pues el número de vecinos que llegaban desde Madrid aumentaba de manera considerable.

Emilio, sobre el sofá de su despacho y atrapado por un irresistible sopor, dormitaba, unas veces, invadido por el cansancio pero sin alcanzar ese profundo y reparador sueño; otras, con mayor estado de consciencia, pensaba y deliraba obsesionado con el informe que le había ocupado gran parte de la noche.

Desde su semiinconsciencia el detective pensaba, quizás soñaba, lo fácil que le había resultado delimitar de forma considerable el momento del robo; entre las catorce horas del viernes y las once horas del sábado, cuando el defraudador, junto con su familia, llegó a la casa. No tendría más que centrarse en esa horquilla horaria para continuar sus pesquisas; cada vez el cerco era más estrecho y estaba más cerca de conocer lo que realmente había ocurrido.

Ese caluroso verano había traído a la zona numerosas tormentas que se sucedieron durante algunos días de mediados de agosto. El suelo del descampado, por donde forzosamente tuvo que acceder la furgoneta hasta llegar a la valla del chalet donde se practicó el butrón, si bien era de tierra compactada, no era lo suficientemente dura como para que no quedara, en caso de lluvia, el recuerdo de su paso grabado sobre su irregular superficie. La arena del jardín al que accedieron los ladrones desde la valla no era tan compacta. En realidad no se trataba de un jardín, sino de un solar, no floreado ni ornamentado, que se había cubierto con una gruesa capa de arena para limpiarlo de los restos de la obra tras la construcción del chalet. La ausencia de un pasillo en el jardín, entre el hueco abierto en la alambrada y la entrada al salón de la casa, formado por las numerosas pisadas de los delincuentes en uno y otro sentido, desvelaban que aquel día, en el que la propiedad sufrió el saqueo, no había llovido.

El informe del Instituto Meteorológico fue crucial para conocer que la formación de precipitaciones producidas en la zona aquel día y las dos jornadas precedentes fueron las más intensas del verano, habiendo dejado agua en cantidad suficiente como para provocar alguna inundación y varias asistencias del cuerpo de bomberos. Emilio había detectado el fraude.

Ring..., ring..., ring. Emilio, sobre el sofá, saboreaba la miel de su triunfo en un casi sueño perturbado por un molesto ruido que le impedía regocijarse en su delirio; quizás era una pesadilla producida en ese irregular letargo. Ring..., ring..., ring..., ring; ese ruido atronador, molesto, se metía una y otra vez en el oído y no podía expulsarlo de su sueño. Ring..., ring; Emilio se mueve, se intenta acomodar, quiere quitarse esa molesta alteración de su cabeza... Se despierta, se da cuenta de que ha mezclado quimera y realidad; el ruido es real. Ring..., ring. Se levanta rápidamente a enjuagarse la cara que delata su cansancio. Ring..., ring... Abre la puerta.

—Hola, soy Olga; tenía hora a las doce con el detective Gálvez.

Una mujer de unos cuarenta años, esbelta, elegantemente vestida, con alguna incipiente arruga en sus ojos y que aún revelaba la belleza de su juventud, hablaba desde el pasillo sin llegar a entrar.

—Ya pensaba que no había nadie —dijo.

—Lo siento, perdóneme..., estoy solo en el despacho y estaba atendiendo una llamada que no podía cortar —se excusó Emilio—. Pero pase, por favor.

La mujer, con paso firme, vientre contraído y espalda y cabeza erguidas, por delante del detective y mirando al tendido, avanzaba desde el umbral de la puerta hasta el despacho. Portaba en su mano derecha una carpeta de cartón de color azul que estrechaba contra su torso. Era la primera vez que iba, pero parecía que conocía la oficina de siempre. Emilio intuyó que se trataba de una mujer segura de sí misma que nada tenía que ver con esa voz tímida, quebradiza y temblorosa que, desde el teléfono, había atendido al otro lado de la línea.

—Tome asiento por favor —dijo Emilio intentando ser amable, ocultando su cansancio tras una leve sonrisa—. Usted me dirá.

—Verá, no sé por dónde empezar, es muy difícil para mí... —La mujer pasó de esa superficial seguridad a la inseguridad de su voz endeble y triste ya conocida por Emilio.

—No se preocupe —dijo Emilio—, empiece desde el principio, y no tenga prisa. Quiero que se sienta cómoda. Si lo prefieres podemos tutearnos.

—Te lo agradezco de verdad. Es preciso que esté cómoda y relajada para poderte contar con absoluta precisión cuál es mi problema y qué es lo que quiero de ti.

Emilio Gálvez sabía tratar a la gente y su gran experiencia en el trato diario le indicaba, en cada momento, lo que tenía que hacer o decir para sacar el máximo de cada persona. Había surtido efecto y la mujer volvía de nuevo a su inicial seguridad.

—Para eso estamos —dijo.

—Verás, mi padre es Antonio García, un conocido empresario del mundo taurino que consiguió hacer una pequeña fortuna partiendo desde cero. A los diversos apoderamientos de novilleros noveles y subalternos, les sucedieron las grandes figuras del toreo firmando para ellos contratos millonarios, lo que le sirvió para obtener una ingente fortuna que utilizó para meterse en el negocio de las ganaderías de reses bravas, que posteriormente alternó con varios restaurantes de su propiedad y varias joyerías.

Emilio escuchaba atentamente a aquella mujer que, desde un principio, se había sentado poniendo la carpeta de cartón azul sobre la mesa y apoyando sus brazos sobre la misma. Parecía protegerla.

—El caso es que —continuó diciendo la mujer—, el manejo de cantidades millonarias de dinero e importantes amigos que tenía dentro del mundo de la política, le sirvió para obtener una licencia de armas que siempre había deseado tener. De esta forma encargó que le trajeran un arma corta de fabricación rusa, la cual, según él, tenía unas características bárbaras en relación con el resto de las armas de su misma categoría; se trataba de una pistola MP 446 Viking, con un calibre de nueve milímetros Parabellum.

Parecía que Olga no tenía prisa por acabar su relato, contando con gran cantidad de detalles la profesión de su padre o la obtención de su licencia de armas; Emilio, agotado, pensaba que debería haber empezado desde el momento del suicidio de su padre y retroceder en el tiempo, de esta forma, quizás, hubiera podido hacerle las preguntas que considerase relevantes para comenzar la investigación, pero la mujer, ya con voz firme y segura de sí misma, seguía avanzando en su relato.

—Actualmente las están comercializando en España, pero cuando mi padre la encargó aún no habían venido...

—¿Disculpa? —interrumpió Emilio.

—La pistola. Cuando mi padre la encargó vino directamente de Rusia. Mi padre se jactaba, muy orgulloso, de haber sido el causante de que se exportara el arma a España. La verdad es que gustó mucho cuando empezó a mostrarla en los foros y encuentros sobre armamentística, y a un grupo de empresarios se le ocurrió comercializarla.

—Bien, Olga, continúa —insistió Emilio.

—Mi padre estaba como loco con su pistola, como si fuera la continuación de su ser, ¡y no es una exageración! —continuó Olga ante el gesto de incertidumbre que había atisbado en la cara de Emilio—. La desarmaba y limpiaba constantemente, aun sin haberla usado; iba al armero del salón una y otra vez a sacarla y se pasaba horas y horas mirándola hechizado, embrujado por ella. Por supuesto que, cada vez que podía, se acercaba a una galería de tiro y pasaba horas y más horas disparando una munición que conseguía a través de sus amigos. Como es lógico, el arma siempre la llevaba consigo cuando salía a la calle y...

—Bien, —interrumpió Emilio intentando ir directamente al modo del suicidio y dirigir de alguna manera una conversación que no parecía tener fin— ¿es con esa pistola con la que se suicidó?

—No he venido aquí por eso exactamente —dijo tajante Olga—; permíteme que continúe.

—Como quieras —dijo Emilio un poco molesto.

—Por su afición a las armas le gustaba también ir de caza, si bien es cierto que disfrutaba mucho más en una galería de tiro donde realizaba un tipo de entrenamiento mucho más profesionalizado. Esta afición, la caza, le llevó a comprar una cabaña cercana a una población de Guadalajara donde pasaba algún fin de semana con amigos, igualmente aficionados a la caza. También compró algunas armas largas que utilizaba según su conveniencia y lo que tuviera pensado cazar. Todas estas armas se guardaban, junto con la pistola, en el armero del salón de su casa.

Emilio escuchaba a la mujer, que seguía en la misma posición con la que había comenzado: inmóvil, inerte sobre su silla y con los brazos sobre la mesa cubriendo su carpeta, custodiando su tesoro. Emilio se preguntaba, una y otra vez, por el importante contenido de aquella vieja carpeta de cartón de escaso valor.

—Un viernes, día 14 de septiembre de hace ahora dos años —continuó diciendo ella—, mi padre decidió ir de caza con dos amigos que compartían su misma afición. Estos amigos viven en la provincia de Guadalajara por lo que decidieron quedar, como hacían siempre, en la cabaña de mi padre.

La mujer relataba la historia con prolijidad de pormenores, incidiendo incluso en lo superfluo. Su tesón en contar el relato a su manera había cautivado al detective, que había cambiado su inicial prisa por acabar cuanto antes en un interés que iba creciendo según ella iba avanzando.

Mientras Olga continuaba su relato, con la carpeta apoyada sobre la mesa y sus antebrazos apoyados sobre esta, pareció moverse mínimamente cuando agarró con los dedos uno de sus bordes, dotando de mayor protección a su contenido. Parecía un preciado tesoro que no quería soltar. Emilio intuía cuál podría ser su contenido; no podría ser otra cosa que el atestado de la Policía judicial, el informe médico forense y las diligencias judiciales abiertas como consecuencia de la ejecución de una muerte violenta. Pero el detective ya no tenía prisa; llegado el momento, la mujer le enseñaría esa documentación que tan celosamente guardaba.

—Perdona, Olga, no quisiera interrumpirte, —dijo Emilio con el claro deseo de que Olga continuara con su relato tal y como lo había diseñado— simplemente me gustaría que me dijeras dónde se encuentra exactamente esa cabaña y si fue allí donde tu padre se suicidó.

—Es allí donde mi padre encontró la muerte —dijo tajante Olga—. La cabaña se encuentra en Cabanillas del Campo, a no más de diez kilómetros de Guadalajara, en un terreno rústico de su propiedad. La cabaña tiene la consideración de caseta de labranza, si bien está adaptada para hacer vida en ella. Dispone de agua, y la luz la aporta un generador de gran potencia que mi padre compró conjuntamente con el terreno y la casa.

La mujer calló por un momento, casi esperando alguna pregunta del detective, pero este no dijo nada; prefirió que ella continuara para ir descubriendo, poco a poco, lo que quería de él.

—Realmente podía haber comprado algo mejor —continuó diciendo ella—, pero mi padre disfrutaba haciendo vida de campo, aislado del lujo y de otras comodidades que tenía a diario; era una forma de romper con su rutina, entre otras cosas porque eran los únicos momentos de verdadera intimidad que tenía, donde no necesitaba estar rodeado de personas que de una u otra forma vivían de él y de su dinero.

El detective dirigió nuevamente la vista hacia la carpeta, que aferraba fuertemente la mujer entre sus manos y la mesa. Ella pareció percibir la impaciencia del detective por conocer su contenido.

—Allí se reunía con dos verdaderos amigos que lo único que buscaban de él era compartir una misma afición —continuó diciendo—, pero también es cierto que después de pasar un fin de semana en la cabaña necesitaba un buen tiempo para volver a echarla de menos. ¿He contestado a tu pregunta?

—Simplemente me habría servido que me dijeras la población pero... continúa, por favor —dijo el detective esbozando una leve sonrisa.

—Pues bien, mi padre fue allí un viernes 14 de septiembre. Le dije a mi madre que se iba de caza ese fin de semana, mandó hacer la compra para tres personas y cogió todos los bártulos, incluidas un par de escopetas y, como siempre, su MP 446 Viking.

Olga pareció sentirse insegura en el momento en el que le tembló la voz al pronunciar el nombre de la pistola de su padre. Sintió nostalgia por el recuerdo de su padre y pareció llorar por dentro.

—Tranquila, Olga, tómate tu tiempo —dijo Emilio.

Pero la impenetrable mujer, que había dejado entrever un halo de debilidad, se armó de valor para continuar su relato como si nada hubiera pasado.

—Parece ser —continuó diciendo con voz firme— que había quedado con sus dos buenos amigos el sábado, a las seis de la mañana, en la cabaña. Así aprovecharían las primeras horas matinales antes de que saliera el sol. Este hecho no lo conocía ningún miembro de la familia, aunque sí pudimos conocerlo después, tras la investigación judicial de su... muerte —terminó diciendo con la voz quebrada.

Olga tomó un pequeño respiro antes de continuar. Carraspeó ligeramente.

—Todos imaginábamos que ese viernes sus amigos pasarían la noche en la cabaña con él y que se levantarían a primera hora del sábado para ir de caza —continuó diciendo, ya repuesta—, pero lo cierto es que él prefirió adelantarse un día para organizar la casa y realizar todos los preparativos para hacerla más cómoda para sus invitados. Eso es, al menos, lo que yo pienso —concluyó Olga.

La mujer, al otro lado de la mesa, con su desmenuzado relato, le estaba diciendo al detective, sin llegar a decirlo, que su padre había muerto de forma violenta, pero no por un suicidio. Emilio se encontraba profundamente embriagado con una historia que iba cobrando un creciente e inevitable interés según la mujer iba desgranando sus frases con palabras meticulosamente medidas.

Al detective le había dado tiempo para estudiar su elegancia, su belleza, su educación, su seguridad en sí misma, e incluso, su esmerada prepotencia, que sabía utilizar con exquisita habilidad, llevando a la gente a su terreno, con respeto, pero con firmeza y sin ningún esfuerzo.

Emilio ya había examinado su caro atuendo, sus elegantes zapatos y sus discretas joyas que, sin duda, le daban un toque de elegancia y distinción que dibujaban su propia personalidad. Le había llamado especialmente la atención una cadena de oro que llevaba en el cuello con un colgante que adornaba su escote. Se trataba de una especie de escudo redondeado atravesado por cuatro flechas horizontales y paralelas entre sí. De la parte inferior colgaba una serie de cascabeles alargados que hacían un peculiar ruidillo producido por el choque de los mismos entre sí. El borde del escudo parecía una especie de encaje a modo de filigrana, y en su interior resaltaba la belleza de una imponente greca escalonada en piedra de color azul, probablemente turquesa, incrustada sobre el conjunto. Excepto la greca, el resto del colgante era de oro.

—Sobre eso quería hablarte ahora —dijo la mujer con cierto aire de misterio pero segura de lo que estaba diciendo.

—Perdona, no te entiendo.

—Sobre el colgante que llevo y que tanta atención te está robando.

—Perdona, tienes razón, es algo muy bonito y absolutamente inusual. Me ha llamado mucho la atención. Es discreto pero a la vez pretencioso. ¿Es un escudo?

—Exacto —dijo Olga—, se trata de un chimalli; un carísimo escudo indígena elaborado a mano por la cultura prehispánica de México, con la técnica de la cera perdida, muy utilizada en las culturas Maya y Mixteca.

No hubo respuesta por parte de Emilio, que miraba embriagado aquella pieza y se preguntaba qué tendría que ver con esa carpeta de cartón a la que tanta protección otorgaba. La mujer continuó hablando.

—En México hay una gran afición a los toros —dijo—, lo que ha llevado a mi padre, en numerosas ocasiones, a viajar a aquel país por asuntos de negocios. Era un enamorado de las culturas Mixteca, Maya y Azteca, por lo que cuando tenía ocasión compraba verdaderas y antiquísimas piezas de arte en el mercado negro, que posteriormente traía a España.

La mujer cogió de manera inconsciente la joya y empezó a toquetearla sonriente, recordando a su padre.

—Como si fuera un niño, y con gran ilusión, nos mostraba la pieza que había traído una vez que, previamente, la había colocado en la parte de la estantería o rincón de la casa que consideraba más apropiado —continuó diciendo—. El destino final de esa ornamentación era decidido por mi madre que, sin ningún miramiento, pero con el beneplácito de mi padre, la cambiaba de ubicación —terminó diciendo con una incipiente sonrisa.

—Es precioso; ¿lo trajo de allí? —dijo Emilio sin dejar de mirar la pieza.

—Lo trajo de allí —dijo ella por ser cortés, pero sin intención de que el detective dirigiera la conversación—. En uno de esos viajes —continuó— traje dos chimallis, uno para mi madre y otro para mí. La verdad es que ambos eran

una preciosidad y, aunque prácticamente iguales, diferentes, pues su elaboración artesanal impedía dos piezas idénticas. Dejé a mi madre que eligiera el que más le gustase, decantándose por el que tenía quizás una mayor superficie pero menor anchura, y una greca de mayor tamaño en el centro.

—La verdad es que parece una pieza valiosísima —dijo Emilio—; si probablemente es difícil encontrar una, imagino que dos es una proeza que, además, requiere mucha suerte. Seguramente tuvo que pagar mucho dinero por ellas.

—A eso iba —interrumpió Olga—, el problema es que no sólo encontré y traje dos valiosas piezas; traje tres, aunque eso es algo que mi padre nunca nos habría reconocido mi madre y a mí. Eso pude saberlo hace apenas una semana por el hombre de confianza de mi padre, su secretario personal y fiel ayudante, que le auxiliaba en todas las cuestiones profesionales o personales. Yo he pasado a dirigir todos los negocios de mi padre y, Luis, así se llama, es ahora mi hombre de confianza.

La mujer hizo una pausa. Emilio prefirió esperar sin hacer preguntas.

—Pues bien —continuó ella sin parar de jugar con el chimalli—; volviendo a la cabaña, cuando los dos amigos de mi padre fueron a buscarlo al día siguiente, vieron que el vehículo todoterreno en el que había viajado estaba allí, en la misma puerta, pero él no abría para recibirlos a pesar de la insistencia con la que estuvieron llamando, una y otra vez, tanto al timbre como a su teléfono móvil.

Olga hizo una pequeña pausa que sirvió para que se aferrara aún más a la carpeta, que acercó hacia sí.

»Por las ventanas no podían ver nada —continuó diciendo— porque por las noches ya empezaba a refrescar y, aunque abiertas, estaban las persianas bajadas. Ellos estaban seguros de que mi padre estaba en el interior de la casa, pues la población estaba muy alejada para ir andando y, además, a esas horas, no había sitio donde ir. Sobre las siete de la mañana, temiéndose lo peor, decidieron llamar a la Guardia Civil.

Emilio estaba expectante y muy atento a todo lo que la mujer le estaba contando; ¿qué tendría que ver el valioso colgante con la muerte de su padre, que ahora sí parecía que se decidía a contar? Sentía incluso algo parecido a la zozobra que sufre un niño ante la sorpresa que espera con impaciencia o, quizás, ante la amenaza de lo desconocido.

—Pero la Guardia Civil no podía entrar mientras no hubiera una orden judicial que así lo permitiera —dijo.

—Efectivamente, por eso mi madre recibió, hacia las siete y media de la mañana, una llamada de la propia Guardia Civil informándola del hecho y solicitando autorización para romper la cerradura y entrar en la cabaña. Mi madre se puso muy nerviosa, dio la autorización y nos avisó a Luis y a mí. Luis se fue directamente hacia Cabanillas del Campo y yo fui a casa de mi madre... a la espera de noticias —dijo Olga con voz temblorosa.

Emilio no dijo nada; prefirió no consolarla; sabía que la inexpugnable mujer llevaba puesta una coraza que impedía que afloraran sus sentimientos.

Simplemente se levantó y se dirigió hacia un expendedor de agua que había junto al sofá. Sacó un vaso de parafina y lo llenó con agua fría. Puso el vaso sobre la mesa, a la altura de la mujer, pero no dijo nada. A continuación se sentó.

Olga cogió el vaso y dirigió una mirada cargada de agradecimiento al detective. Dio un pequeño sorbo.

—Gracias —dijo.

Emilio quitó importancia a su gesto con una ligera mueca.

—Cuando Luis llegó —continuó diciendo la mujer, compungida— los funcionarios policiales habían acordonado la zona y esperaban a la comisión judicial para proceder al levantamiento del cadáver. Habían tomado declaración a los amigos de mi padre, que no les dejaron ver el cadáver ni entrar en la casa para evitar contaminar posibles pruebas, de tal forma que estuvieron esperando fuera del cerco policial a que llegara el juez. —Dio un nuevo sorbo para aclarar su voz—. Hacia las nueve y media de la mañana —prosiguió— recibimos mi madre y yo noticias de Luis informando de que había aparecido un hombre muerto en la cabaña y cuya identificación desconocía porque los guardias se habían ocupado más de hacer preguntas que de dar respuestas, pero que estaba prácticamente seguro de que se trataba de su jefe, amigo y confidente Antonio. ¡Nunca antes lo había visto llorar! —exclamó Olga—, pero ese hombre fuerte y que tomaba decisiones con mano de hierro dejaba asomar, tras su coraza, una sensibilidad que nadie conocía.

—Continúa, por favor —dijo el detective impaciente.

—Hacia las diez de la mañana entró la pena, el desasosiego, la desesperanza y la incertidumbre a través del timbre de la puerta. Aún albergábamos la pequeña, la mínima esperanza del que se agarra a un clavo ardiendo para no caerse; ansiábamos, necesitábamos pensar que la persona muerta pudiera no ser mi padre, pero la realidad golpeó con fuerza en nuestros corazones cuando abrimos la puerta y dos policías nos confirmaron su brutal muerte, aparentemente por suicidio, a expensas de lo que pudiera indicar la autopsia. Había utilizado su preciada arma para provocarse la muerte. ¡Eso dijeron! —terminó diciendo Olga con cierta resignación.

Emilio había notado una gran pena contenida en la mujer, y ahora parecía derrumbarse a pesar de sus intentos por mantener el tipo; había relajado su cuerpo que parecía como colgado por los hombros. No intentaba mantenerse orgullosamente guapa o elegante, lo único que ahora buscaba era evitar abrir su alma, desgarrada por el dolor, al hombre que la estaba escuchando. Emilio sintió pena; esa mujer debió querer mucho a su padre.

—Perdona Olga, intenta relajarte. Si quieres nos tomamos un descanso. ¿Quieres más agua, un refresco, un café? Tómate tu tiempo.

—Creo que necesito un poco más de agua. Gracias.

El detective, explícito, se levantó dirigiéndose nuevamente y con decisión hacia el tanque expendedor de agua, presionando con un nuevo vaso de parafina el pulsador hasta llenarlo por completo. Se lo dio a la mujer, que bebió de un trago.

—¿Quieres más?

—Sí por favor, se me ha secado la garganta —dijo al tiempo que le ofrecía el vaso vacío.

Emilio cogió el vaso de sus manos y volvió a llenarlo. Olga dio un nuevo trago reservándose el resto para otro momento. Apoyó el vaso sobre la mesa y continuó su relato.

—Mi padre...

—Perdona, Olga. No es necesario que continúes en este estado. Sé que lo estás pasando mal y ya prácticamente me has contado todo. Esa carpeta que traes puede revelarme datos de interés. Si quieres me la dejas, la estudio y con mayor fundamento comentamos todo en ocho o diez días, cuando te encuentres con mejor ánimo —dijo Emilio sin olvidar las pequeñas vacaciones que le estaban esperando según cerrara la puerta de su despacho.

—El contenido de la carpeta lo vas a ver, imagino que ya habrás deducido que son las actuaciones policiales y judiciales realizadas por el hallazgo del cadáver de mi padre, pero antes debes saber que el tercer colgante en forma de escudo de la cultura Azteca se encontraba en el interior de la cabaña donde mi padre murió. —Ante la perplejidad de Emilio, la mujer continuó hablando—: La autopsia realizada en el depósito de cadáveres arrojó resultados indubitados de que la muerte había sido causada por arma de fuego, al ponerse mi padre el cañón en su sien derecha, disparando a continuación. —Olga bebió de nuevo del vaso—. Se procedió al archivo de todas las actuaciones judiciales —continuó exponiendo— y se anuló el precinto que la policía había puesto sobre la finca y la cabaña para preservar todas las pruebas. ¿Qué te parece? —terminó diciendo quejosa.

Emilio simplemente se limitó a contestarla con un anodino gesto que no quería decir nada. Tan sólo se mostró cortés ante una pregunta que no podía contestar.

—Luis —continuó diciendo ella impertérrita a la silenciosa respuesta de Emilio— fue el encargado de ir hasta la casa con un equipo de limpieza para borrar la inmundicia y la putrefacción incrementada por el paso del tiempo; para limpiar el mal recuerdo, el espectáculo dantesco que su buen amigo y mentor había dejado tiempo atrás. Ese día quedó marcado a hierro candente en la memoria de Luis, que ha querido borrar hasta el punto de no haber comentado jamás qué es lo que encontró allí dentro, qué es lo que pasó por su cabeza al ver los restos de sangre y cerebro putrefactos de su malogrado amigo —terminó diciendo con la voz temblorosa.

Carraspeó ligeramente y dio un pequeño buche del vaso.

—La muerte se produjo en el dormitorio —dijo ya repuesta—, por lo que únicamente se limitó a eliminar el mal recuerdo de esa sala, mandando limpiar meticulosamente los restos del suelo con desinfectante, mandando tirar el colchón, el somier y las sábanas manchadas de sangre y mandando pintar las paredes para tapar las salpicaduras de sangre provocadas por el disparo. Se limpió la cocina de los restos de la cena y se tiraron los alimentos ya podridos de la nevera. Jamás ha vuelto a ir por allí, excepto la semana pasada que, para evitarnos a mi madre o a mí pasar un mal trago,

decidió entrar de nuevo en esa maldita casa. Ni mi madre ni yo hemos querido entrar desde el suceso.

—Entonces, ¿fue Luis el que encontró el colgante en la cabaña? —preguntó Emilio.

—Sí, fue Luis. Fue hacia allí porque mi madre se empeñó en vender la finca con la cabaña y así borrar, en la medida de lo posible, el desagradable recuerdo que todo eso le traía. Ella era muy consciente de que su marido, mi padre, había pasado allí muy buenos momentos olvidándose de sus responsabilidades diarias; tomándose un respiro que le daba energía para continuar con sus negocios.

Pareció emocionarse. Hizo una breve pausa antes de continuar. Emilio prefirió esperar.

—Mi padre la llamaba El Retiro —continuó diciendo—; a mi madre le gustaba que fuera allí porque volvía mucho más afable y comunicativo, pero desde que murió no es capaz de integrar esa cabaña en su vida; le sobra, le duele... —terminó diciendo con congoja.

Quiso beber nuevamente del vaso pero ya no había resquicio del preciado líquido que le estaba ayudando a hablar.

Emilio, solícito, se levantó y cogió un nuevo vaso de parafina que llenó de agua con rapidez.

—Toma, Olga —dijo ofreciéndole el vaso.

—Gracias, Emilio —dijo llevándose el vaso a los labios, mojándolos ligeramente—. El caso es que mi madre quería ir a esa cabaña —continuó diciendo, reapareciendo de nuevo la mujer segura de sí misma—, con miedo y desesperanza, pero con la firme intención de vencer por sí misma el bloqueo en el que estaba sumergida. Quería hacer un inventario del mobiliario, ornamentación y otros enseres que pudiera haber, de forma que se llevaría lo más íntimo y personal de mi padre y vendería el resto junto con la cabaña. Yo no podía permitir que mi madre fuera sola, ni mucho menos lo iba a permitir Luis, que prácticamente nos impidió que fuéramos a la casa comprometiéndose, o mejor dicho, obligándose fielmente a ir él. Es un buen hombre. En cuanto lo conozcas verás que no exagero —terminó diciendo.

—No lo dudo —dijo Emilio—, pero ¿lo tengo que conocer por algo?

—Lo tienes que conocer si aceptas mi encargo, y sé que lo aceptarás —dijo ella con resolución—. Al día siguiente —continuó— Luis me llamó comentándome con tono grave que era muy importante hablar conmigo. Yo nunca lo había visto en esa actitud, pues aunque maneja con mano firme los negocios de la familia y es correcto y cortés con los empleados con los que trata, utiliza su denuedo y decisión, si me apuras su coraje, para conseguir sus objetivos. Sin embargo con mis padres y conmigo era otro hombre, convertía en banal lo importante y en ligereza la pesadez. ¡Es un buen hombre!, se preocupa por nuestra comodidad e intenta que recaigan sobre él los problemas que, en cierta medida, pueda quitarnos. Esto, claro está, lo lleva en su sueldo —terminó diciendo.

Olga volvía a perderse en multitud de detalles que probablemente no fueran absolutamente necesarios. Emilio escuchaba con paciencia cómo Olga había decidido instalar su centro de trabajo en la mansión de sus padres a raíz del suceso, de esta forma podría dirigir mejor los negocios familiares y tener cerca a su hombre de confianza, Luis, cuyo despacho principal se encontraba en aquella vivienda.

Supo Emilio a través del testimonio de Olga que Luis era un buen hombre, muy leal y honesto, con extraordinarios conocimientos de derecho y economía y con grandes dotes negociadoras que le habían servido para conseguir importantes contratos con pingües beneficios para la familia García. Dominaba varios idiomas y tenía múltiples contactos dentro del mundo de la justicia, de la política y de la economía que sabía utilizar con absoluta habilidad. Era, además, el consejero de muchas de las empresas de la familia y ganaba una fortuna, pero toda esta valía personal y profesional no le impedía ser un hombre sencillo, muy ambicioso en lo profesional pero muy humilde en sus relaciones humanas. Trataba a los empleados con gran respeto y se prestaba a ayudar a cualquiera que lo necesitara, aunque eso implicara dejar una importante negociación para otro día. Eso sí, una vez que había tomado una decisión, era con el absoluto convencimiento de que era la más acertada y había que cumplirla según sus instrucciones.

—Tras la llamada —continuó Olga—, Luis se personó en mi despacho con el tercer chimalli metido en una bolsa de piel vieja, que puso en mis manos sin llegar a indicarme su contenido, diciéndome simplemente: «Ábrela». Mi sorpresa fue mayúscula cuando vi un colgante muy similar a los que nos había regalado mi padre a mi madre y a mí.

Olga toqueteó nuevamente el escudo que colgaba del cuello adornando su escote. A Emilio le pareció, por un instante, que se producía una mágica simbiosis entre la mujer y el colgante, cargando este de energía a aquella. Rápidamente desechó esa absurda idea.

—Ante mi sorpresa —prosiguió diciendo ella aún con el escudo en la mano—, Luis se vio obligado a contar, titubeante, que esos tres escudos fueron comprados hacía ya algún tiempo en uno de los múltiples viajes que realizaron a México. Dos de ellos tenían el destino ya conocido y el tercero era para una mujer con la que mi padre había comenzado una relación sentimental poco tiempo atrás. Cuando Luis fue a la cabaña descubrió, en uno de los cajones, la bolsa de piel que contenía el colgante.

—Es posible que tu padre, al llegar a España, se arrepintiera de regalar a una mujer, que conocía desde hacía poco, lo mismo con lo que os había sorprendido a tu madre y a ti. Es posible que escondiera esa joya en la cabaña en espera de poderle dar alguna otra utilidad o destino sin necesidad de tenerle que dar explicaciones a tu madre —dijo Emilio.

—No, eso no es así —protestó Olga—. Si mi padre tomó la decisión de regalar el escudo a una mujer, era una decisión tomada, sin dudas. Por eso Luis me hizo la confidencia; porque él conocía la existencia de los tres chimallis y el destino de cada uno de ellos. Al ver que el de la... amante de mi padre se

encontraba en la cabaña le produjo gran extrañeza, ya que estaba seguro de que la mujer lo había recibido. Luis era un hombre muy leal a mi padre y jamás me habría contado nada si no estuviera seguro de que lo que contaba era la pura realidad. Lógicamente, mi madre no sabe nada de esto.

Mientras Olga hablaba, deslizaba con decisión la goma de la carpeta tan celosamente custodiada, la abría y desplegabla sus solapas interiores para sacar, de entre los documentos, una bolsa de piel envejecida que colocaba cuidadosamente sobre la mesa.

—¡Ábrela! —dijo.

Emilio, con curiosidad, cogió impaciente la avejentada talega, metiendo los dedos para alcanzar su contenido. Cuando sacó el escudo y lo tuvo en sus manos sintió algo parecido a una desazón, o a un desasosiego irracional, pensando que era una pieza de museo de extraordinario valor que, probablemente, muy pocos estudiosos de arte la habían tenido ni la tendrían jamás en sus manos. Sintió incluso pudor al sentir que la pieza que tenía en su mano había sido elaborada artesanalmente por el hombre del México antiguo. También sintió un miedo absurdo ante la posibilidad de que pudiera caérsele de las manos o que pudiera romperla o deteriorarla de alguna manera. La puso apesadumbrado sobre la mesa, casi arrepintiéndose de haberlo hecho y de no haber tenido esa mágica pieza un pequeño y fugaz momento más en su poder.

El escudo era muy similar al que colgaba del cuello de Olga, pero a la vez muy diferente. El motivo era el mismo, y probablemente las connotaciones alegóricas de la greca central, dispuesta de otra forma, y en otro color, también serían las mismas. Tenía un diámetro considerable, en torno a los ocho centímetros, y tenerlo en la mano proporcionaba un placer inconfesable.

—Es un escudo precioso. ¿Piensas que la muerte de tu padre pudiera estar relacionada con la mujer destinataria de esta joya?

—No lo sé; lo que sí sé es que mi padre no se suicidó, y también sé que, desde su muerte, Luis no ha vuelto a saber de esa mujer. Los resultados de la autopsia son claros e indican que mi padre se quitó la vida, pero yo conocía a mi padre muy bien, por lo que sé que era un hombre que afrontaba los problemas y buscaba soluciones.

—¿Piensas que estamos ante un asesinato lo suficientemente elaborado como para que parezca un suicidio? ¿Piensas que su autor pudo haber sido la mujer de la que hablas y nada se sabe?

—No lo sé —dijo Olga cortante—, te digo que no lo sé. Lo que quiero es que averigües por qué murió mi padre y quién es y dónde se encuentra esa mujer. Estoy segura de que ella nos puede dar muchas respuestas. Creo que mi padre no se merece la versión que se ha dado de su muerte.

—¿Por qué no solicitasteis una nueva autopsia a través de un patólogo forense propuesto por vosotros?; os hubiera resuelto muchas dudas.

—En su momento, el profundo dolor que sentíamos no nos dejaba pensar con claridad. Sin convencimiento dimos por cierta la versión oficial en un vano intento de pasar página y olvidar cuanto antes esa horrenda pesadilla. El descubrimiento del tercer chimalli es lo que me ha empujado a tomar esta

difícil, pero necesaria decisión. Quiero que investigues la muerte de mi padre y dónde se encuentra la desconocida mujer que logró cautivarle.

El detective, apesadumbrado, escuchaba las exigencias de Olga; era un asunto muy serio y ella aún no era capaz de asumir los tristes momentos que vivió junto con su madre cuando la informaron del suicidio de su padre. Era una clara negación de la evidencia. ¿Qué podría proporcionarle un detective a una mujer que se negaba a reconocer la muerte violenta que su propio padre se infligió?, ¿una muerte violenta que había dejado desamparados y abatidos a sus seres más cercanos?, ¿una muerte violenta que les sumiría en la más absoluta tristeza?

«Ese hombre se suicidó», pensaba Emilio. Las pruebas concluyentes encontradas por la Policía científica en el lugar de los hechos y la autopsia realizada por el médico forense tendrían que indicar, sin lugar a dudas, un suicidio. «¿De qué forma podría ayudar a esta mujer?».

—Mira, Olga —dijo— quiero ser muy sincero contigo. Voy a echar un vistazo a esa carpeta que traes, pero si la investigación policial y judicial indica que tu padre se propinó un tiro en la sien con su arma, ahí poco puedo hacer yo, y mucho menos ahora que han pasado ya dos años. Lo que sí puedo hacer es buscar a la mujer con la que estuvo; ¿tienes su nombre completo?

—Mira, Emilio —dijo Olga con voz grave y visiblemente molesta— yo también quiero serte muy sincera, y empiezo por el final: no tengo, ni siquiera, el nombre de pila de esa mujer. Luis no lo sabe, o no es capaz de recordarlo, porque mi padre le habló muy poco de ella. Con respecto a la versión oficial sobre la muerte de mi padre, te digo que no se suicidó; lo asesinaron. Tenía una fuerte personalidad, muy alejada de la que pudiera tener una persona depresiva que llegue al suicidio; era un triunfador y estaba rodeado de una familia que lo quería y a la que quería. ¡Jamás se hubiera quitado la vida!, ni por él, ni por el enorme daño que podría causarnos a las personas que lo queríamos —terminó diciendo.

Emilio simplemente escuchaba, no se atrevía a emitir su opinión, pero probablemente su rostro, reflejando cierta incredulidad, lo delató.

—Quiero que me creas y confíes en mí —terminó diciendo ella cambiando el tono, con la voz estrangulada por el dolor y los ojos brillantes por incipientes lágrimas que no terminaban de salir, al tiempo que le ofrecía su carpeta, suplicándole con la mirada.

Emilio cogió la carpeta. Quedó en cierto modo compungido viendo cómo la mujer lloraba por dentro, intentando torpemente mantener las formas.

—No te preocupes, Olga; confío en ti. No tenía que haberte dicho nada. Si has venido a verme es porque necesitas mi ayuda y te la voy a dar, pero va a ser difícil; no tenemos ni siquiera la identificación de la mujer con la que estuvo tu padre.

—Gracias, Emilio, sé que es muy difícil, por eso he venido a ti, aunque soy consciente de que puedes fracasar. Puedes hablar con quien quieras o hacer las gestiones que consideres, siempre vas a encontrar ayuda, pero te pido,

por favor, que mi madre, de momento, no sepa nada. El presupuesto para esta investigación es ilimitado. Empieza tu trabajo, por favor.

—Tendremos que firmar un contrato.

—Mándamelo cuanto antes por correo electrónico a esta dirección —dijo Olga dándole una tarjeta de visita—. Lo firmo y te envío a alguien para que te lo traiga en un sobre cerrado. Indícame también un número de cuenta bancaria donde poderte realizar un primer pago.

—De acuerdo —dijo Emilio al tiempo que le daba otra tarjeta—, mañana sin falta te envío el contrato.

Ambos se pusieron de pie dando por concluida la reunión. El chimalli quedaba sobre la mesa, junto a la bolsa de piel en la que estaba guardado.

—Que no se te olvide el escudo —dijo Emilio cogiéndolo con sus manos para dárselo a Olga y sintiendo por última vez ese extraño placer de lo exquisitamente bello.

—No se me olvida; ese chimalli no iba destinado ni a mi madre ni a mí. No creo que sea un recuerdo que quiera guardar ni creo que mi madre tenga necesidad de conocer su existencia. ¡Es tuyo! —dijo con decisión.

—No..., yo no... puedo aceptarlo —dijo Emilio perplejo—. Yo... cobro mis honorarios por el trabajo que se me encomienda, pero... no debo aceptar esta valiosísima joya.

Se quedó pensativo unos segundos. Olga no dijo nada.

—¿Por qué no se lo das a Luis? —terminó diciendo, creyendo haber encontrado la solución más adecuada—; sin duda su fidelidad es merecedora de esta maravilla.

—Por favor, acéptalo. Luis es merecedor de muchas cosas, pero no de un chimalli cuya existencia conocía en secreto. No le achaco nada; hizo lo que tenía que haber hecho, pero no puedo ser cómplice de su secreto premiándole con la pieza que provocó su silencio. ¡Es tuyo!

—No sé qué decir, dijo Emilio muy indeciso. Esto paga con creces mis honorarios y, además, no te puedo garantizar el resultado de la investigación.

—No son tus honorarios, es un regalo —dijo Olga seca y circunspecta, intentando dar por zanjada la conversación—. Tus honorarios vendrán con la investigación, haya o no haya resultados.

—De acuerdo; te lo agradezco de verdad. Mañana te envío el contrato —dijo dejando el chimalli sobre la mesa, en el interior de la talega.

Ambos se dirigieron hacia la puerta, donde se despidieron.

Emilio, en la soledad de su despacho, sentado ante la carpeta que le había dejado Olga, y ante el pequeño saco de piel con el escudo en su interior, se debatía absurda y obsesivamente sobre qué abrir en primer lugar: la bolsa para sacar el escudo que le había embrujado, para contemplarlo y disfrutarlo desde la nueva perspectiva de lo que ya era suyo, o la carpeta con las diligencias judiciales y el resultado de la autopsia de una muerte que debía investigar. Era una elección difícil, y priorizar una acción sobre la otra sería, de una u otra forma, injusto; quitaría importancia a la acción no elegida, mancillándola y

menospreciándola, postergándola de alguna forma al inmerecido segundo lugar. Extraña dicotomía entre la belleza de la pieza mexicana y el horror de las diligencias judiciales; arduo dilema de difícil resolución. El chimalli lo había embrujado, y la complicada investigación que se le avecinaba, quizás sin solución, era uno de esos retos que le llega a un detective una sola vez en la vida.

No tomó decisión alguna. Cogió la carpeta bajo su brazo, se metió la vieja bolsa de piel en su bolsillo y salió del despacho. Le esperaba un largo, profundo y reparador sueño.

2

El espejo

[...] Cuando se persona la Comisión Judicial en el lugar de los hechos, este se halla custodiado por efectivos policiales. Se procede a una inspección ocular primaria y a continuación se efectúa el examen del cadáver aparecido en la caseta de labranza destinada a vivienda anteriormente indicada y sus alrededores.

La puerta de entrada de la vivienda se encontraba forzada como consecuencia de la primera intervención policial, que se hizo precisa para entrar en la vivienda, si bien de las propias diligencias policiales motivadas por la intervención y por la posición del pestillo mecánico accionado por la llave, se deduce que la puerta estaba echada con llave y esta colgada de un llavero de pared que se haya en el interior de la vivienda junto a la puerta.

Tras la puerta de entrada se advierte un gran salón, de proporciones casi cuadradas, encontrándose al final del mismo, frente a la puerta, y en dependencia aparte, la cocina. A la derecha del salón sale un pasillo recto que reparte tres dormitorios y dos cuartos de baño.

No se observa desorden en el mobiliario ni enseres de la casa, apreciándose en la pila de la cocina una sartén, un plato, un tenedor y un vaso con restos de comida y, sobre la encimera, la cáscara de dos huevos y una lata de atún vacía. Todo ello indicativo de la existencia de un único comensal.

Accediendo a la primera de las habitaciones se encuentra, dispuesto perpendicularmente sobre la cama, el cadáver de un adulto de raza blanca y sexo masculino, en posición de decúbito supino y con las extremidades

inferiores en flexión colgando hacia el suelo. Las sábanas y colcha de la cama se encuentran desplegadas, dispuestas para su uso. Detrás del cadáver, y a la izquierda de la cama, hay un gran espejo sobre la pared y un escritorio con una silla bajo el mismo. A ambos lados de la cama se observan sendas mesillas de noche.

El cadáver se encuentra vestido con un pantalón vaquero y una camisa azulada de cuadros, de manga larga. Se encuentra descalzo aunque sí lleva calcetines de color negro.

No se observan roturas ni desgarro en sus prendas ni señal alguna indicativa de violencia.

Presenta un orificio de entrada, por proyectil, en la región media temporal derecha y orificio de salida en región temporal izquierda, ligeramente a la derecha de la línea media y con un pequeño ángulo de inclinación, de arriba a abajo, de unos catorce grados [...].

Eran las ocho de la mañana. Emilio había madrugado y llevaba, al menos, una hora y media estudiando en su despacho la profusa documentación facilitada por Olga el día anterior, y que leía con detenimiento. En el completísimo acta de inspección ocular y levantamiento del cadáver no faltaba detalle. Se describía cómo era la vivienda donde se encontraba el cadáver y cada una de sus dependencias y sus alrededores, haciendo una especial incidencia en la habitación donde se encontraba el cuerpo y la posición de este respecto a la cama sobre la que se apoyaba y al arma causante de la muerte.

El estudio de las manchas y salpicaduras de sangre, la trayectoria del disparo, los orificios de entrada y salida del proyectil, los restos de pólvora en la mano derecha del cadáver, la declaración tomada a los dos amigos del difunto y la identificación del cadáver a instancia judicial por parte de uno de ellos, no arrojaba duda alguna acerca de las causas de la muerte: muerte violenta por suicidio mediante disparo por arma de fuego en sien derecha.

Emilio estaba absorto en su lectura, cautivado por la documentación tan interesante que tenía ante sí, embrujado, casi con la misma intensidad que sintió un día antes, cuando tuvo por primera vez en su mano el chimalli. Pero él dominaba la sensación, pues era libre de continuar o dejar su estudio en el momento en el que quisiera, ¿o quizás no?; realmente había madrugado mucho en su primer día de supuestas vacaciones y en víspera de un viaje al Caribe; el embrujo que le causaba esa documentación no le hacía libre, le impedía decidir con soltura el momento en que debía dejar su estudio.

Emilio ya lo había decidido; las vacaciones podrían aplazarse para el próximo año. Este asunto le iba a quitar mucho tiempo y no podía descuidar su despacho durante sus ocho días de ausencia. Además, estaba convencido de que esta investigación le iba a llenar mucho más que un descanso

que, probablemente, no necesitaba. Estaba disfrutando mientras esperaba a que fueran las diez para llamar a la agencia de viajes y anular las vacaciones contratadas. Tenía un seguro de anulación y le devolverían buena parte de su importe.

«Las ocho, todavía tengo tiempo», pensó, enfrascándose de nuevo en su lectura:

[...] Se encuentra sobre un gran charco de sangre emergente de dicha lesión y que el colchón, las sábanas y la colcha han absorbido por capilaridad. Se observa pérdida de masa encefálica por el orificio de salida.

Sobre el suelo, y próximo a su pierna derecha, se encuentra un arma corta consistente en una pistola MP 446 Viking. A cuarenta y siete centímetros de distancia del arma, y en línea con la misma, se observa un casquillo vacío.

La camisa se encuentra en su mayor parte impregnada de sangre, así como la zona superior trasera del pantalón tejano. En su parte delantera y a la altura del muslo derecho se aprecian salpicaduras de sangre, al igual que en el suelo, cerca del pie derecho.

El examen de las manos revela:

—En mano derecha: microsalspicaduras de sangre y algunos granos de pólvora en el pliegue interdigital, entre el pulgar y el índice, en la superficie dorsal de la mano, en la cara palmar y dorsal del dedo índice y en la cara dorsal del pulgar. Microsalspicaduras de sangre y granos de pólvora en el borde radial del dedo corazón y parte anexa de su superficie palmar y, en menor medida, se han hallado las mismas microsalspicaduras en superficie palmar de la mano a la altura de los músculos aductor y oponente del dedo pulgar.

—En mano izquierda: manchada por el propio charco de sangre donde se encuentra el cadáver, no se observan signos de violencia ni de otras particularidades dignas de mención.

Ambas manos se encuentran abiertas y con todos sus dedos en semiflexión [...].

El acta judicial, magníficamente elaborada, iba acompañada de un copioso reportaje fotográfico en el que se recogía una vista general de la casa e imágenes de cada una de sus dependencias. La mayor parte del reportaje iba referido a la habitación donde apareció el cadáver y a la posición en la que se encontraba. Se le fotografió desde diferentes ángulos en relación con la posición de la cama o de la pistola y de otros objetos de interés. Se fotografiaron al detalle los orificios de entrada y salida de la bala, así como las manchas de sangre y salpicaduras existentes sobre el cuerpo, la cama, la pared y el suelo.

También se obtuvieron numerosas imágenes del alojamiento del proyectil, incrustado sobre la pared, junto a la puerta, a una altura de unos setenta centímetros del suelo y que señalaba una trayectoria ligeramente descendente respecto de la posición desde la que se efectuó el disparo.

Como es lógico Emilio no tenía la documentación original, sino unas fotocopias que habían sido realizadas en el propio juzgado que instruyó el caso. Esas fotocopias eran perfectamente nítidas, y si bien en las imágenes se perdían muchos detalles, eran lo suficientemente expresivas y desagradables como para infundir en el detective un abatimiento y un malestar que luchaba ferozmente contra el magnetismo, cada vez mayor, que este asunto le causaba.

Había pasado apenas una semana desde que Olga conociera la existencia del tercer chimalli y diera las instrucciones precisas a Luis para que se hiciera, cuanto antes, con las actuaciones judiciales sobre el asunto. Luis, que además era abogado, se había visto obligado a utilizar sus importantes contactos para conseguir, en apenas un día, una copia completa de un asunto archivado desde hacía ya tiempo. Su lectura era muy desagradable y las imágenes, además, tremendamente impactantes, por lo que Luis había advertido a Olga de que bajo ningún concepto abriera la carpeta que le entregaba y que le diera, a la mayor brevedad, el destino que había previsto; pasársela al detective que debía investigar esa muerte. Olga había decidido hacerle caso y únicamente había abierto la carpeta, sin mirar su contenido, para meter, junto con el expediente, el tercer chimalli. La había tenido guardada en su casa, y Olga ya había sufrido en su interior la contienda entre el insoportable rechazo que le causaba su presencia y la irreprimible atracción que le producía su invisible contenido, aunque había decidido, desde el mismo momento en el que tuvo por primera vez la documentación en su mano, no echarle ni el más mínimo vistazo. No quería más dolor.

Emilio continuaba absorto en su lectura, apasionado, fervoroso, adicto, tomando apuntes y haciendo anotaciones de las consideraciones más importantes. Las horas se convertían en minutos y los minutos en segundos.

Miró su reloj y cayó en la cuenta de que eran las diez y cuarto de la mañana; habían pasado fugazmente dos horas largas desde la última vez que lo consultó.

«¡Dios mío!, ¡cómo pasa el tiempo! Debo llamar a la agencia de viajes!», pensó. El detective cogió el teléfono y marcó el número de la oficina donde había contratado sus vacaciones, y canceló el viaje poniendo como excusa una incidencia de carácter personal que le impedía viajar.

Tras colgar no sintió ningún pesar por haber renunciado a sus cortas vacaciones, sabiendo además que, probablemente, hasta el próximo verano no podría disfrutar de unos días de descanso. Se sintió más bien liberado; lo que tenía entre manos le arrebatava la razón y, según se iba adentrando en las impactantes diligencias judiciales, se incrementaba cada vez más su entusiasmo por iniciar la investigación:

[...] En el examen del cadáver se observa un cuerpo tibio a temperatura rectal que empieza a tener los primeros signos visibles de rigidez, por lo que, siguiendo el esquema de Simpson, según el cual la rigidez post mórtem se alcanza a partir de la octava hora, al igual que el enfriamiento del cuerpo, y que durante las primeras tres horas el cadáver debería presentar signos de flacidez, se estima que la data de la muerte fue entre cuatro y seis horas antes de este estudio.

Refuerza esta tesis la separación del suero del coágulo sanguíneo, que indica un tiempo similar[...].

A Emilio le salió una leve sonrisa; en cualquier investigación es fundamental acotar, en la medida de lo posible, el momento en el que se produce el suceso, y en este caso concreto ya tenía una horquilla horaria muy precisa del momento de la muerte. Escribió algo en su cuaderno de anotaciones: «Hora probable de la muerte: entre las 03:00 y las 05:00 horas». Continuó leyendo:

[...] Respecto al examen de los orificios de entrada y salida provocados por el proyectil se observa lo siguiente:

–Orificio de entrada: localizado en la zona media de la región temporal derecha. Presenta en sus bordes tatuaje de pólvora combustionada y semicombustionada procedente de la deflagración, así como de partículas metálicas desprendidas del proyectil incrustadas superficialmente sobre la piel; se trata del típico Halo de Fisch, presente en todas las heridas por arma de fuego.

–Orificio de salida: localizada en la zona anterior de la región temporal izquierda y ligeramente por debajo y de mayor diámetro que el orificio de entrada. Presenta esquirlas metálicas del proyectil, esquirlas óseas y pérdida de masa encefálica.

Del estudio de los orificios de entrada y salida y de los tatuajes provocados por la deflagración, se deduce que el disparo no fue hecho a boca de jarro, también denominado a bocajarro o disparo abocado, por encontrarse ausente el llamado «golpe de mina o efecto Hoffman» y siendo este un tipo de disparo típico de los suicidas aplicado sobre la zona parietal. Se produce cuando el ánima o cañón del arma se encuentra en contacto directo con la superficie corporal por lo que, cuando se produce el disparo, los gases procedentes de la deflagración se expanden entre la zona subcutánea y el hueso, provocando su desprendimiento y posterior estallido hacia afuera, produciendo una herida irregular con labios hacia el exterior.

Por las características de los orificios de entrada y salida y por la ausencia del efecto anteriormente explicado, se debe colegir que el disparo

fue realizado a corta distancia, de los denominados a quemarropa, encontrándose el cañón del arma a una distancia no superior a diez centímetros.

A expensas del resultado de la necropsia se debe concluir del estudio de las partículas de pólvora y salpicaduras de sangre realizado en su mano derecha, de la posición del cadáver respecto de la cama donde yacía y respecto del arma con la que se efectuó el disparo y del estudio de los orificios de entrada y salida causados por el proyectil, que la víctima, sentada sobre uno de los bordes de su cama y con los pies apoyados sobre el suelo, se puso el arma a la altura de su sien derecha, a unos diez centímetros de distancia, disparando a continuación [...].

El acta de inspección ocular y levantamiento de cadáver tenía un rico y completísimo contenido; estaba realizada al milímetro tras un profuso y meticuloso estudio del lugar de los hechos y de las probables circunstancias de la muerte. Todos los detalles, incluida la ausencia de violencia y de robo en el lugar, conducían de forma inexorable a un presunto suicidio.

Emilio estaba extasiado con la documentación que tenía ante sí, devoraba datos y más datos que luego anotaba meticulosamente en su cuaderno, pero no era ajeno a la impotencia que sentía al no poder proporcionar a Olga ni la mitad de las expectativas que ella tenía sobre él. Únicamente podría localizar, o al menos intentarlo, a la amante de Antonio, de la que nadie sabía nada. ¿Y después?, si ella no ha tenido nada que ver con su muerte, ¿realmente le habrá merecido la pena a Olga contratar a un detective?

Emilio tenía una dura lucha en su interior a la vez que seguía devorando folios y folios salidos de la carpeta.

El resultado de la autopsia realizada por el patólogo forense no añadía nada nuevo al acta de inspección ocular. Indicaba que el disparo en sien, típico del suicida, es a cañón tocante; es decir, apoyando el cañón del arma sobre la misma sien, y en este caso concreto se había hecho a una distancia de unos diez centímetros, lo que no deslegitimaba la tesis del suicidio, que estaba fuera de toda duda.

Llegaba a esta conclusión tras el pormenorizado estudio del orificio de entrada, principalmente:

[...] En el examen externo, el orificio de entrada presenta el típico Halo de Fisch rodeando la herida, con efectos contuso-escoriativos e inflamación cutánea. Se observa también tatuaje formado por las partículas incrustadas en la dermis de pólvora combustionada y no combustionada, así como por partículas metálicas desprendidas del proyectil. Este tatuaje es indicativo de la corta distancia a la que fue efectuado el disparo, estimándose la misma en no más de diez centímetros. No hay otras alteraciones dérmicas visibles [...].

Al igual que en el acta de inspección ocular, en el informe de la necropsia se exponían los motivos que confirmaban que el disparo fue hecho a quemarropa y no a bocajarro. Tras explicar la ausencia del efecto Hofman, se exponían otras características típicas y diferenciadoras de las heridas y señales producidas por un disparo a bocajarro. Señales que no existían en el cadáver en estudio:

[...] Igualmente se encuentra ausente otra de las características típicas y necesarias de los disparos abocados producidos sobre la superficie temporal o cualquier otra superficie ósea: «el signo de Benassi». Cuando bajo los tejidos hay un plano óseo, un disparo a cañón tocante no deja que los gases y el humo de la deflagración se expandan por el ambiente, sino que se incorporan en el organismo junto con el proyectil. El gas produce el «efecto de Hoffman», ya explicado, mientras que el humo ennegrece en el hueso la zona de alrededor del orificio producido por el proyectil, característica indubitada del disparo a distancia cero.

Tampoco se ha producido estallido de la bóveda craneal como consecuencia de la presión de los gases que entran violentamente en el cráneo junto con el proyectil, característico igualmente de los disparos abocados [...].

Eran ya las tres y cuarto de la tarde. Emilio había estado estudiando el expediente desde primera hora de la mañana sin haber utilizado ni un ápice de su tiempo en otra cosa que no fuera eso. Se le había olvidado que existía el reloj y el resto del mundo, incluso no se había acordado del chimalli, que se había preocupado de meter en su bolsillo antes de salir de casa a primera hora para extasiarse con su visión cuando llegara al despacho. Pero no fue así; Emilio estaba ansioso por estudiar el contenido de la carpeta, dándole preferencia sobre el chimalli, al que no le otorgó ni un fugaz vistazo; ni siquiera se preocupó de sacarlo de su bolsillo y liberarlo de la talega que lo contenía.

Cuando Emilio consultó la hora se quedó consternado; no era posible que tan efímera mañana se hubiera agotado sin apenas darse cuenta; ni siquiera el reloj biológico de su estómago le había advertido de lo tarde que era. Es cierto que había tenido unas cuantas llamadas telefónicas, pero las había contestado como un autómatas, tomando las anotaciones precisas y olvidándose inmediatamente de ellas para volver a viajar de nuevo por el universo que le brindaba la carpeta de cartón azul.

Una cosa tenía clara: la documentación que tenía ante sí indicaba que Antonio, el padre de Olga, se había suicidado con su arma. Los expertos que habían intervenido en la investigación así lo consideraban sin ningún género de duda, e incluso llegaban a las mismas conclusiones; sentado sobre la cama se propinó un tiro en la sien derecha a una distancia no superior a diez centímetros.

Pero a Emilio esta tesis no le terminaba de convencer; en la propia diligencia de inspección ocular y levantamiento del cadáver se decía que en el típico suicidio con arma corta de fuego, el suicida se colocaba a cañón tocante el arma sobre la superficie corporal, generalmente en la sien, para disparar. En este concreto caso la víctima disparó a una distancia aproximada de diez centímetros. «¿Por qué no se aplicó el arma directamente sobre la sien derecha?», se preguntaba Emilio sin encontrar mucho sentido a la forma en la que el padre de Olga se quitó la vida. «Lo más lógico es que un suicida, que está dispuesto a disparar contra sí mismo, quiera asegurar su acción y no quedar malherido, por lo que debería apoyar el arma contra el cuerpo para efectuar el disparo en lugar de hacerlo a cierta distancia, por mínima que fuera».

Mientras el detective se hacía todos estos planteamientos se le ocurrió dirigir su mano derecha, cerrada con el dedo índice extendido, a manera de pistola, sobre su sien derecha para ver la probable posición de disparo. Con el dedo índice apoyado sobre la sien no tuvo ninguna duda acerca de la zona en la que podría descerrajarse un tiro mortal. Desde esta posición separó el dedo ligeramente de su cabeza, pero ya no era consciente del destino del imaginario proyectil: podría matarle, herirle o ni siquiera tocarle.

Se levantó de la mesa y se dirigió hacia el espejo que se encontraba en el cuarto de baño para volver a simular, con su mano, una pistola que colocaría a una distancia aproximada de diez centímetros sobre su sien derecha. Frente al espejo ya tenía una referencia exacta sobre la altura y posición de la pistola antes de efectuar el disparo. Emilio en cierto modo se sintió ridículo al verse frente al espejo del cuarto de baño en esta pose, pero le habían dado un difícil asunto que debía investigar y no hacía más que recrear, muy livianamente, una posible escena que las versiones oficiales daban como la causante de la muerte. Simplemente estaba acumulando datos y se estaba poniendo en el lugar del suicida para saber qué es lo que él hubiera hecho ante una situación similar. La respuesta la tenía Emilio sin tan siquiera haberse dado cuenta de forma inmediata; frente al espejo actuaba una y otra vez para llegar, en todos los casos, a la conclusión de que él se habría apoyado el ánima del arma sobre su sien antes de disparar, pero de repente cayó en la cuenta de un gesto muy importante, aunque casi imperceptible por su lógica, y que había estado haciendo desde que entró al cuarto de baño: se encontraba ante un espejo para simular su muerte por suicidio.

¡Ahora había caído en la cuenta!; Emilio quedó por un momento absorto, concentrado, recordando las magistrales clases de criminología recibidas en la facultad. Recordaba perfectamente que el índice mayor de suicidas se daba en Japón, al igual que recordaba que el modus operandi del suicida por arma corta de fuego era colocarse, cuando esto era posible, ante un espejo para evitar errar el disparo. Seguramente también tenía una connotación mágica o divina, pudiendo ser una efímera forma de despedida a sí mismo.

El detective había dado un importante paso; tanto él como la generalidad de la gente que, ante una desesperadísima situación les pudiera llevar al suicidio, se habrían puesto frente a un espejo aplicando el arma directamente

sobre la sien o la boca. Salió con rapidez del cuarto de baño y se dirigió de nuevo hacia su despacho. Aún faltaba un cuarto de hora para las cinco de la tarde y, aunque Emilio no había comido todavía, su apetito no era lo suficientemente voraz como para que no pudiera esperar media hora más; comería un sándwich y una ensalada en la cafetería de la esquina. Tenía que echar un nuevo vistazo al acta de inspección ocular y levantamiento de cadáver, en el apartado donde se hablaba de la disposición del mobiliario donde se encontró el cuerpo; creía recordar que se hablaba de un espejo, pero Emilio, en una primera lectura, no había centrado su atención en este hecho por parecerle absolutamente insustancial, tomando en su lugar datos de otras cuestiones aparentemente mucho más relevantes y de mayor contenido criminológico.

Efectivamente, allí estaba el dato que casi le pasó inadvertido. El detective leía con mucho detenimiento la disposición del cadáver con respecto al mobiliario. Y en esta ocasión sí decidió coger anotación de lo que en un inicio no consideraba relevante para el asunto:

[...] Accediendo a la primera de las habitaciones se encuentra, dispuesto perpendicularmente sobre la cama, el cadáver de un adulto de raza blanca y sexo masculino, en posición de decúbito supino y con las extremidades inferiores en flexión colgando hacia el suelo. Detrás del cadáver, y a la izquierda de la cama, hay un gran espejo sobre la pared y un escritorio con una silla bajo el mismo. A ambos lados de la cama se observan sendas mesillas de noche [...].

Antonio se sentó en la cama de espaldas al único espejo que había en la habitación. «¡Vaya, vaya! ¿Por qué no se sentó en el escritorio frente al espejo, y máxime si no disparó el arma a cañón tocante sobre su cabeza?», reflexionaba el detective.

Emilio se preguntaba cuántas cosas pudo haber visto el espejo aquella maléfica noche, como si su bello destello pudiera reproducir en su cruel reflejo todo lo ocurrido aquella noche maldita. Testigo mudo de lo ocurrido, de la vida sesgada, de la muerte inútil, y a la vez confidente y conocedor de cómo pudo producirse. Pero Emilio era muy consciente de que ese espejo no podría dar ninguna respuesta; no esperaba eso, aunque sí podría generar preguntas muy importantes que pudieran llegar, o no, a responderse. La primera y más importante pregunta era por qué no se sentó Antonio frente al espejo para suicidarse.

Estaba tremendamente agotado; llevaba concentrado desde primera hora de la mañana y no se había tomado ni un minuto de descanso. Había anulado su viaje, no había salido a comer y prácticamente no había atendido las llamadas telefónicas que había recibido. Estaba inmerso en el estudio de un mundo diferente, en la lectura que le proporcionaba la documentación que guardaba la carpeta de cartón azul de Olga, y eso le había hecho caer en el más absoluto ostracismo. Emilio decidió que necesitaba un descanso, bajar a

la cafetería, comer algo y relacionarse con la gente. Seguramente se tomaría la tarde libre y ya no volvería por el despacho hasta la mañana del día siguiente, pero antes debería planificar la operativa a seguir en este interesante asunto en el que empezaba a escarbar. Lo primero que debía hacer era hablar con el que fue hombre de confianza de Antonio y actual consejero de su hija. Luis, seguramente, tendría mucha información que, en un momento dado, podría utilizarse para la investigación. Fue, además, una de las muchas personas a las que se le tomó declaración, aunque resultó absolutamente insustancial para el asunto; no aportaba gran cosa y lo único que podría tener un cierto interés lo decía con una gran ambigüedad. Así, cuando se le preguntó si sabía por qué Antonio fue a la cabaña un viernes cuando realmente había quedado con sus amigos el sábado, él dijo desconocer el motivo, aclarando que Luis le comentó que se iba de caza con sus amigos y él había entendido que se reuniría con ellos el mismo viernes. A continuación, en su declaración indicaba, a preguntas realizadas, que era posible que Antonio hubiera tenido alguna aventura con alguna mujer, si bien Antonio era muy discreto y nada le dijo de ninguna cita ni de ninguna amante.

Las pruebas de fosfatasa ácida prostática realizadas al cadáver indicaban que no había en su ropa interior esperma en cantidad suficiente para determinar que pudiera haber tenido relaciones sexuales de ningún tipo aquella noche. Esta y otras pruebas determinaban que no había estado con ninguna mujer, y las llamadas telefónicas realizadas o recibidas desde su móvil tampoco indicaban que hubiera estado o se hubiera relacionado en los últimos días con alguien ajeno a la familia o a sus negocios. Todo ello les llevó a concluir, una vez más, a los profesionales que investigaron el suceso, que Antonio había planificado su propia muerte, quedando con sus amigos el sábado, a primera hora, para que estos descubrieran su cadáver cuanto antes. El suicidio se produjo en la cabaña, o en El Retiro de Antonio, como al él le gustaba llamarlo, para evitar que a sus seres queridos les quedara en el recuerdo la sobrecogedora y horrorosa imagen del hallazgo de su cadáver.

Eso sería lo primero que haría mañana a primera hora, ponerse en comunicación telefónica con Luis e intentar una reunión con él esa misma mañana. Luis era un hombre muy ocupado y seguramente le resultaría difícil quedar con él, pero sabiendo lo fiel y leal que era a su amigo Antonio, no le quedaba a Emilio ninguna duda de que haría todo lo posible por recibirlo.

Otra llamada que debería hacer también sería a un buen amigo suyo, Silvio Requena, un preparadísimo doctor en Biología de la Policía científica que estuvo trabajando en homicidios hasta su jubilación. Sus conocimientos sobre el lugar del crimen, balística, recogida de pruebas y la interpretación de lo que pudo ocurrir atendiendo a la disposición del cadáver, a sus heridas y a las salpicaduras de sangre, eran envidiables y había tenido a lo largo de su carrera profesional varios e importantes reconocimientos. Le pasaría una copia del expediente para que le diera su docta opinión sobre el asunto. Si le daba tiempo bucearía también por las hemerotecas en búsqueda de noticias sobre la vida profesional de Antonio García, y también de su muerte.

Emilio guardó de nuevo toda la documentación que había sacado de la carpeta al inicio del día y cerró su cuaderno de anotaciones poniéndolo todo sobre la bandeja de asuntos pendientes. Necesitaba descansar, salir del despacho y desintoxicarse de tanto estudio, de tanta sangre, de tanta muerte, de tanto putrúlagos y de tanta declaración; ya estaba servido y por hoy no necesitaba más. Pero antes de salir del despacho necesitaba aprobar su asignatura pendiente, la que injustamente había relegado al rincón más recóndito de su memoria, necesitaba un momento más de soledad, de intimidad; tenía que reconciliarse nuevamente con su olvidado y escondido tesoro, al que sólo dedicó una fugaz mirada para quedar enloquecido y fascinado por su sublime y armoniosa belleza, y un solo día para que cayera en el más absoluto abandono y en la omnímoda amnesia del olvido.

Era su momento; un momento que no había estado esperando, no lo había echado de menos, pero Emilio entendía y se daba cuenta de que ahora sí lo quería, lo necesitaba para él, lo ansiaba como el niño que anhela jugar con lo que le han prohibido. Sonrió levemente y le brillaron los ojos cuando metió la mano en su bolsillo y tocó la vetusta bolsa de piel con la valiosa joya en su interior. Sacó el bulto del bolsillo y lo puso sobre la mesa. No quería romper ese momento mágico; codiciaba abrir la bolsa para sacar el escudo, pero alargaba con deliberada malicia ese momento al ser extrañamente placentera la zozobra que por ello sentía. Era conocedor de que nada ni nadie le impedirían disfrutar de su cautivadora y particular belleza en el preciso instante en el que él lo decidiera.

Ya había esperado demasiado, se había deleitado en la propia ansiedad que le producía alargar ese inevitable momento. Cogió la talega, que en todo momento estuvo bajo su atenta mirada, y se regodeó en su propia ansiedad unos segundos más antes de sacar el antiquísimo y cautivador colgante. Fue un corto instante, pues su desasosiego, su angustia, dominaba ya sobre su voluntad de alargar artificialmente el tiempo de tener en sus manos, por segunda vez, el seductor escudo inmerecidamente regalado, prácticamente arrebatado de las manos de la anónima mujer a quien iba a ir destinado.

Metió los dedos, recordando que hizo exactamente lo mismo un día antes, y alcanzó el escudo sacándolo con emoción y apretándolo en su puño cerrado. Todavía no lo había visto; estaba disfrutando, saboreando el placer del tacto, del contacto con aquella reliquia surgida del pasado. Pero Emilio abrió su puño y allí estaba, esplendorosa, regia, fastuosa; su deslumbrante belleza, su artesana estructura y su peculiar y vetusta simbología cargada de misterio hacían de esa joya una pieza única, viva, casi con alma y que al detective le había privado de la razón desde el mismo instante en que, por primera vez, la tuvo en sus toscas manos.

Estuvo embelesado, casi seducido durante un buen rato, fascinado por la belleza que tenía ante sí. Emilio miró nuevamente su reloj; eran las ocho de la tarde y seguía sin comer, pero había disfrutado de ese día como pocos en su vida. Ahora sí debía salir del despacho e irse a descansar; mañana sería otro día. Pero primero debía hacerse a sí mismo una promesa, no podría volver a

disfrutar de su chimalli hasta que no terminara la investigación que estaba en marcha; necesitaba estar centrado en sus pesquisas y no podría permitirse el lujo de entretenerse con nada que le pudiera alejar del objetivo marcado. La embriaguez de los sentidos que le causaba era incompatible con la resolución del asunto que tenía ante sí, y no podía fallar a Olga.

Decidió guardar el chimalli en la caja fuerte del despacho; era sin duda el lugar más seguro y que solía utilizar para guardar documentos de importantísimo contenido o de alta confidencialidad. Pero Emilio también era consciente de que esa joya pudiera no ser suya; Antonio la compró para la desconocida mujer cuya identidad y paradero debería también investigar. Si la localizaba debería hablar con ella, indagar y conocer si tuvo o no tuvo algo que ver con la muerte de Antonio, conocer si en alguna ocasión tuvo el chimalli en su poder y, si fue así, por qué se encontraba en la cabaña de Antonio el día de su muerte. Si esa mujer era merecedora de la joya, y si Olga lo permitía, estaba moralmente obligado a devolverla a su legítima propietaria. Tendría que hacer un importante trabajo de convicción para que Olga lo comprendiera, pero eso era otra cuestión. Lo importante ahora era la investigación que estaba en marcha, y el preciado contenido de la talega no podía distorsionar o entorpecer, bajo ningún concepto, la planificación de la misma.

Miró el colgante por última vez, lo introdujo en su bolsa y se dirigió hacia la caja fuerte incrustada en la pared tras un archivo encima del sofá. Prensó fuertemente con su puño la bolsa a modo de despedida y, sin más dilación, la metió en la caja fuerte, cerrando la misma casi sin pensarlo. No volvería a abrir esa caja hasta que terminara la investigación o, al menos, hasta que localizara a aquella mujer.

Emilio cogió su cartera y salió del despacho.

los antiguos libros y algunos óleos de la corriente pictórica flamenca con cámaras digitales inalámbricas de seguridad que se activaban por detección del movimiento. El rico mobiliario se apoyaba sobre un lujoso suelo de mosaico hecho con diminutas piezas de mármol que formaban figuras geométricas, imitación de la época del Imperio romano, y el techo combinaba vistosos frescos pintados sobre estuco con figuras triangulares de espejo, incrustadas, que añadían luz y modernidad a la sala provocando un bellísimo y original contraste.

El despacho contaba con dos grandes ventanales; uno, tras la mesa, frente a Emilio, y otro, a la izquierda del detective. Este último ventanal tenía la persiana semicerrada para impedir el paso del sol, si bien los rayos de luz se colaban entre sus lamas e incidían sobre unos curiosos espejos cuadrados de no más de ocho centímetros de lado que se encontraban, a centenares, dispuestos a lo largo de toda la estancia rodeándola en el vértice existente entre la pared y el suelo. Cada uno de estos pequeños espejos estaba colocado en un plano angular diferente, de tal forma que el reflejo que proporcionaba cada uno de ellos iba en una dirección diferente. Todos los espejos llevaban un finísimo marco de bronce de cuya parte superior central salía hacia arriba una especie de gancho en forma de «L» invertida, en cuyo extremo había engarzado un pequeño cristal de color, quedando este suspendido sobre la parte central del espejo, a unos ocho centímetros de distancia del mismo. Cada espejo llevaba su cristal y había múltiples y variados colores. Como la superficie de cada uno de estos espejos estaba dispuesto en un plano diferente, la incidencia de la luz sobre cada uno de estos espejos se producía de forma caprichosa, reflejándose sobre las diminutas piedras de colores, enviando un reflejo multicolor a los espejos triangulares del techo, que multiplicaban y ampliaban un bonito y armonioso efecto de luz y color que llenaba toda la habitación. A Emilio le gustaba; no tenía nada que ver con su modesto despacho.

—Podemos comenzar por el chimalli —dijo, sin poder olvidar el embrujo que esta joya aún le causaba.

—Muy bien, empecemos por el chimalli, pero eso va indisolublemente unido a la mujer a la que se lo regaló. Como ya le he comentado, Antonio era muy reservado en su vida privada y yo no supe de la existencia de aquella mujer hasta unos tres meses antes de su muerte, en un viaje de negocios que hicimos a México.

Luis hizo una pequeña pausa que incomodó al detective.

—¿Y bien? —requirió Emilio.

—Antonio era muy aficionado a las antigüedades procedentes del Antiguo México —continuó diciendo Luis— y se quedó prendado cuando vio un escudo similar, pero con otra ornamentación y otra simbología diferentes a los chimallis que finalmente trajimos. Se trataba de una extraordinaria pieza que Antonio estaba dispuesto a comprar, pero lo sorprendente fue cuando pidió tres iguales. Yo supuse que Antonio, como gran entendido en arte que era, sabía que no podría exigir tres antiquísimas piezas iguales, pero aún así lo hizo. El anticuario que le atendió le dijo que las buscaría; tanto Antonio como

el anticuario sabían que un chimalli es un escudo protector, de la prevención, que formaba parte de la cultura grupal y en el que todos sus miembros deberían llevar un escudo similar, por lo que sería difícil, pero no imposible, conseguir tres más o menos iguales, teniendo en cuenta que la elaboración a mano de los mismos hacía cada pieza, individualmente considerada, única y exclusiva.

Emilio voló con su imaginación, por un mínimo instante, al México Antiguo, donde todos los guerreros y demás miembros de la tribu contaban con sus talismanes para que los dioses les dieran la protección necesaria. Viajó hasta el chimalli celosamente guardado en su caja fuerte y se sintió cómodo, protegido, evocando en la historia la protección que en otro tiempo produjera en su inicial portador.

—Antonio dio una generosa señal al anticuario —continuó diciendo Luis— y al mes siguiente, cuando volvimos por allí, ya tenía los tres chimallis preparados. Al parecer le había costado mucho conseguirlos y tuvo que pagar por ellos una importantísima fortuna. De esta forma pude saber que las piezas iban destinadas a su mujer, a su hija y a otra mujer con la que había empezado a tener una relación sentimental. Nunca antes lo había visto con ella ni oído hablar de ella; ni tan siquiera he sabido jamás su nombre.

—Pero necesariamente Antonio y ella tendrían que comunicarse telefónicamente para quedar o para hablar, y no figura en las diligencias judiciales ningún registro de llamada que pudiera inducir a pensar que responde al número de esta mujer —dijo el detective.

—Claro que no figura nada —dijo Luis—. Antonio era muy discreto y precavido, de tal forma que encargó dos teléfonos móviles a nombre de ella para que pudiera existir esa comunicación. Yo de eso tampoco supe nada hasta que Antonio recibió, en mi presencia, una llamada de esa mujer en el móvil. Yo hasta ahora me había estado encargando de toda la logística de la empresa y me extrañó que la compra de ese móvil, desconocida para mí, no hubiera pasado por mis manos, de tal forma que le pregunté. En ese momento se vio obligado a decirme cómo y por qué lo había adquirido y me pidió la máxima discreción.

—Sí, pero ese móvil que teóricamente tendría que tener Antonio no figura en las diligencias judiciales, y ni Olga ni nadie tiene noticias de que se encuentre por algún lado de la casa o en algún despacho por él utilizado —dijo el detective.

—Efectivamente, ese móvil no ha aparecido por ninguna parte; de hecho, ni la policía ni nadie lo ha buscado porque nadie ha sabido nunca de su existencia, aunque el móvil hubiese aparecido si Antonio hubiera continuado con esa mujer. Antonio no me volvió a hablar de ella hasta pocos días después, cuando me dijo que ambos habían decidido cortar la relación.

Hizo una nueva pausa, que no encontró respuesta por parte del detective.

—De esta forma yo entendí —continuó diciendo— que se habría deshecho del móvil, o que se lo habría quedado ella. Pero en eso ni tan siquiera caí en la fatídica mañana en que apareció muerto. Sólo caí en la cuenta de que

Antonio había tenido un *affaire* con una mujer, que pudiera tener relación con su muerte, cuando encontré en la cabaña, hace hoy apenas diez días, el escudo que le regaló. Por eso decidí quebrar su secreto y contar a Olga lo que jamás me habría imaginado que pudiera revelar.

El detective Gálvez escuchaba atentamente al hombre que tenía frente a sí. Realmente se notaba en sus palabras el alto valor que le daba a la lealtad, a la discreción y a la palabra dada de no revelar nunca la confidencia recibida, cautiva en su honor. Seguramente le habría supuesto un gran dilema dar el valiente paso de descubrir el secreto de su amigo, jamás lo habría hecho en otras condiciones, pero era un paso que, sin duda, consideraba necesario para limpiar la imagen de suicida que injustamente golpeaba sobre su malogrado amigo. Sin duda, pensaba Emilio, Luis tampoco creía en la versión oficial porque, de otra forma, no habría dicho nada a Olga; no tendría ningún sentido que un detective estuviera investigando un asunto en el que no hubiera nada que investigar.

—Perdone que le corte —dijo—; ha dicho que Antonio le llegó a regalar el colgante a esta mujer. ¿Es posible que no se lo llegara a regalar o, si lo hizo, se lo pidiera cuando ambos cortaron su relación?

—Estoy completamente seguro de que le regaló la joya, ya que quedó expresamente con ella para dársela —dijo Luis con firmeza—. Respecto de la otra cuestión que plantea, ¡no!, ¡definitivamente no!; cualquiera que hubiera conocido a Antonio sabría que jamás habría exigido la devolución de un regalo hecho con anterioridad. Esa falta de nobleza, esa mezquindad, era diametralmente opuesta a la generosidad de Antonio. Lo que desconocemos es qué hacía el chimalli allí, y por eso solicitamos su ayuda.

—Ruego no me lo tome a mal pero ¿por qué vino Olga a mi despacho y no usted? Usted es el encargado de gestionar absolutamente todos los negocios y asuntos de la familia García, y Olga lo pasó mal en la visita que me hizo.

—Era algo que debía hacer ella, ruego que usted también me disculpe, pero yo no podía defraudar la memoria de mi amigo contando a un desconocido las intimidades que había prometido no contar jamás. Ahora lo hago porque Olga ya se lo dijo a usted; yo no le he descubierto nada nuevo y así estoy más tranquilo conmigo mismo. A partir de ahora puede hablar conmigo cuanto considere, pero le ruego que no le diga nada a Esther, la madre de Olga, ya que podría hacerle un daño innecesario que no conduciría a ninguna parte.

—No se preocupe, en el improbable caso de que necesitara hablar con Esther, hablaría primero con usted y con Olga para valorar la situación, pero... dígame —dijo Emilio intentando cambiar de tema y dirigiendo la conversación por donde le interesaba—, usted me ha dicho que su amigo Antonio cortó la relación sentimental con aquella mujer, ¿qué sabe de eso?

—Sé tanto o tan poco como de la manera en que la conoció. Yo creo que Antonio se había enamorado de esa mujer; tenga en cuenta que la igualó a su esposa y a su hija cuando quiso agasajarla con ese valioso regalo. Él era un hombre con los pies en el suelo y, aunque tremendamente generoso, jamás

haría una insensatez salvo que realmente sintiera algo por ella, en cuyo caso, y desde su perspectiva, esa insensatez se convertía en cordura.

—¿Puede continuar, por favor? —dijo Emilio ante otro silencio, cargado de cierta emotividad, provocado por su contertulio.

—Al parecer —continuó— la conoció en una corrida de toros en Las Ventas. No estoy seguro, pero creo que fue allí; Antonio me dijo que la conoció en los toros, sin precisar más. Eso fue unos cuatro o cinco meses antes de cortar la relación, de tal forma que ese es más o menos el tiempo en el que estuvieron juntos. Yo he ido con Antonio a los toros en numerosas ocasiones, pero bien es cierto que no siempre he podido. Incluso es posible que aquel día estuviera con él y se pudiera haber acercado esa mujer como una de tantas personas que se acercan a un empresario del mundo taurino; no lo sé, el caso es que me pilló por sorpresa cuando me enteré de su relación secreta en el anticuario de México.

Luis era un hombre entrado ya en la cincuentena, educado, culto; sobresaliente y autoritario en su forma de hablar, pero en absoluto soberbio. Era capaz de alternar su implacable decisión tomada con firmeza con la más sumisa tolerancia del que reconoce haberse equivocado, o con la más humilde lealtad a la persona con la que se relaciona diariamente. Iba impecablemente vestido con un traje gris marengo hecho a medida, una camisa de seda con sus iniciales grabadas a la altura del pecho y abrochada en sus mangas por unos preciosos gemelos de oro y brillantes. La corbata de seda italiana, con tonos rojizos, y un vistoso reloj de acero y oro de una carísima y conocida marca suiza que lucía en su muñeca cerraban el conjunto, dando a ese hombre un porte y una elegancia que llevaba con total naturalidad pero que difícilmente pasaba inadvertida.

—El caso es que —continuó diciendo— tenemos por la provincia de Córdoba varias ganaderías de toros de lidia con extensas fincas dedicadas a la explotación de reses bravas y del caballo andaluz de pura raza. Para Antonio estas ganaderías eran su pasión y este negocio estaba muy por encima de sus joyerías o de sus restaurantes. Cuando conoció a esta mujer, al ver que ella estaba tremendamente interesada en el mundo de la tauromaquia, decidió llevarla a Córdoba para que visitara las fincas, quedando prendada de la nobleza, del poderío y la fuerza del toro bravo en manada; de la belleza y del espectáculo fuera de una plaza. ¿Le gustan los toros, Emilio? Recuérdeme que le envíe un abono para Las Ventas en la próxima temporada —terminó diciendo.

—Se lo agradezco de verdad —dijo Emilio, cogiéndole la invitación completamente por sorpresa—. No soy un gran aficionado pero estoy convencido de que disfrutaré con el espectáculo.

—Estoy convencido de que se aficionará —dijo Luis con autoridad—. Ahora, si le parece, continuamos.

—Continuamos —replicó Emilio.

—Yo no sabía nada de este viaje, que al parecer duró un solo día por la propia discreción de Antonio de evitar comentarios de los empleados si se

quedaban a dormir por allí —continuó diciendo Luis—, pero la verdad es que, debo reconocer, no me gustó. Yo soy el que dirige esas ganaderías y cuando Antonio iba por allí me solía ocupar de dar las instrucciones precisas para que estuviera todo preparado al milímetro. Me gusta atar todos los cabos y quiero estar siempre informado de todo para dar a los capataces las instrucciones pertinentes, pero en esa ocasión no me enteré de nada hasta que no me lo dijo Antonio. No estuve a la altura de las circunstancias —se lamentó.

Emilio escuchaba atentamente a Luis desde su cómoda silla estilo isabelino; podía ya conocer su elegancia, su distinción, su meticulosidad en el trabajo, su autoexigencia y también su capacidad de autocrítica. Todo ello en un despacho bien ornamentado y cuya belleza se incrementaba, se multiplicaba por los rayos de luz que entraban por la persiana semicerrada y que incidían sobre los espejos y los frescos pintados en el techo, inundando todo de una bellísima gama de suaves tonalidades electrizantes que infundían calma y tranquilidad.

—Pero por mucha discreción que quisiera tener Antonio, lo cierto es que difícilmente pudieron pasar desapercibidos entre los empleados de la ganadería —dijo.

—Efectivamente, eso es lo que pensé yo, pero tampoco quise darle mayor importancia. Sí se la di cuando encontré el chimalli; lo primero que hice, antes incluso de hablar con Olga, fue viajar a Córdoba y hablar con los capataces para saber qué recordaban de aquella visita. Sobra decir que lo hice con mucha discreción; alegué que necesitaba reunirme de nuevo con esa persona que fue de visita para continuar con unas negociaciones que fueron interrumpidas por la muerte de Antonio, pero que desconocía dónde había dejado Antonio la documentación y los datos de ella.

Luis hizo un corto silencio al tiempo que hacía ademán de levantarse de su asiento.

—¡Discúlpeme! —dijo ya casi erguido—; no le he ofrecido nada. ¿Qué quiere tomar? —dijo dirigiéndose hacia un mueble estilo isabelino que haría las veces de mueble bar.

—No, se lo agradezco de verdad —dijo Emilio intentando ser amable—. No suelo tomar nada entre horas.

—¿Agua quizás?

—De verdad que no, gracias —dijo Emilio.

Luis se dirigió de nuevo hacia su silla.

—¿Por dónde íbamos? —dijo.

—Viajó usted a Córdoba para hablar con los capataces —dijo solícito Emilio.

—¡Ah, sí! —respondió Luis—. Lo sorprendente de todo esto es que los capataces se acordaban vagamente de aquella mujer y no supieron darme su nombre. Una empleada finalmente dijo que se llamaba Lucía, aunque no creo que hiciera ningún esfuerzo en recordar su nombre porque coincidía con el de su hija recién nacida.

—¿Y cómo es posible que no se acordaran de ella? —dijo Emilio.

—No es que no se acordaran, simplemente no recordaban con absoluta precisión. De hecho, cuando pregunté por ella me indicaron si me estaba refiriendo a una mujer de unos treinta y tantos años y morena. Yo, desconociendo el dato, les dije que sí para que no supieran que no la conocía. Pero no sabían nada más de ella ni me pudieron dar más detalles. —Luis hizo un pequeño silencio y continuó hablando—. También es lógico —dijo—, porque tanto Antonio como yo mismo visitamos con muchas personas las ganaderías para que vean las reses bravas y los caballos, por lo que los empleados de allí pudieron considerar que la mujer que aquel día fue con Antonio era una empresaria más del mundo taurino, y como tal la recibieron.

—Pero fue por sorpresa, ya que los capataces no sabían nada de esta visita.

—Yo no he dicho eso; yo lo que he dicho es que soy la persona encargada de ponerme en contacto con los capataces cuando Antonio se va a acercar por allí, lo que no significa que Antonio nunca haya llamado a los capataces para anunciar su llegada acompañado de un cliente. Probablemente llamó, pero eso es algo que no puedo preguntar a los capataces, entre otras cosas porque no lo recordarían. Precisamente a raíz de esto quiero implantar un libro de registro en cada ganadería para saber con exactitud los nombres de potenciales clientes que han ido a ver las reses, así como las fechas de visita.

—¿Y qué tiene que ver todo esto que usted me cuenta con la pregunta que le he hecho hace un rato? ¿Por qué Antonio y... , vamos a llamarla Lucía, cortaron su relación sentimental? —inquirió Emilio casi interrogando con el deseo de ir directamente al grano.

—Bien, a eso iba —dijo Luis sin dar muestras de molestia alguna ante tan inquisitiva pregunta—. Ha pasado mucho tiempo ya; corría el mes de julio, como... un mes y medio aproximadamente antes de su muerte, y yo notaba a Antonio diferente. Seguía siendo responsable en su trabajo, un tiburón en los negocios y alma cándida en su privacidad, pero yo le notaba diferente. No triste, pero sí preocupado y ausente. Antonio y yo éramos amigos hacía años, nos conocíamos bien y siempre nos habíamos contado nuestras preocupaciones, pero esa mujer, Lucía, le había dejado mudo; era hermético e infranqueable.

Emilio percibió cómo aquel hombre se enorgullecía de su malogrado jefe y amigo cuando hablaba de sus virtudes. Pudo ver a un hombre hermético, que dejaba entrever un halo de sensibilidad, muy alejado de la imagen que quería dar, y que delataba la gran amistad que tuvo con él.

—Recuerdo —continuó diciendo— que tras una durísima jornada laboral, decidimos terminar el día tomando una copa en un bar cercano. Allí le pregunté qué era lo que le ocurría, y Antonio decidió abrir su corazón y expulsar todo aquello que le estaba enajenando el alma y su consciencia.

Luis se quedó callado, esperando una reacción de impaciencia por parte del detective. Realmente esa pregunta sorpresiva que le había hecho sí le había causado cierto efecto y la respuesta se la dosificaba sibilina. No se había molestado, en absoluto, con la pregunta, pues el detective estaba haciendo su

trabajo. Le parecía una persona agradable, pero ahora Luis jugaba con el detective, se medía con él para ver su reacción.

—¿Y qué le dijo? —dijo finalmente Emilio.

Luis sonrió; estaba claro que ese silencio no podía haberlo alargado mucho más y la impaciencia de Emilio pudo sobre su sosiego. Había ganado el pulso que había echado con el detective, desconociendo este tan siquiera la existencia de tal pulso.

—Me dijo que había cortado con... Lucía porque había notado en ella algo que no le terminaba de gustar —respondió—. Ella quedó absolutamente prendada con las ganaderías que le enseñó, principalmente con una que se encuentra en Palma del Río, llamada El Cuarterón. Desde aquel momento ella no hacía más que hablarle de aquella finca y de sus reses bravas, diciéndole una y otra vez que le gustaría tener una ganadería así y que tenía un familiar que estaría interesado en comprarla. La insistencia de esa mujer, que iba perdiendo su interés por Antonio a medida que iba creciendo por El Cuarterón, le llevó a tomar la determinación de cortar su relación con ella. La verdad es que no sé más, y esta fue la última vez que hablamos de ella —concluyó.

—Pero algo más tuvo que pasar para que Antonio se pusiera así con ella. Si Antonio no quería vender, era suficiente con decir que no vendía, sin necesidad de cortar una relación con alguien de quien estaba enamorado —dijo Emilio sin terminar de entender.

—Yo no sé, ciertamente, qué pasó; el desencadenante que rompió la relación fue eso. Él conoció a una mujer que le gustaba y esta mujer se alejó de la parte sentimental para intentar adentrarse en la parte de los negocios. Ella no supo discernir entre una cosa y otra, y eso, Antonio no lo soportó. Pero ya no le puedo decir más sobre esta mujer ni de su chimalli.

—Le agradezco, Luis, que me haya atendido con tanta amabilidad, realmente yo no sé si podré sacar conclusiones suficientes que arrojen luz sobre la muerte de su amigo; le prometo que haré todo lo posible para buscar pruebas que confirmen o desmientan la versión oficial —dijo el detective—. Pero no me podría marchar de aquí sin hacerle una última pregunta y cuya respuesta ya conozco de antemano.

En esta ocasión fue Emilio el que se quedó callado esperando la actitud de su contertulio, en un largo silencio mientras miraba fijamente a sus ojos. Luis, por su parte, mantuvo la mirada fija en la retina de su interlocutor hasta que ya no pudo alargar más ese molesto y dilatado momento. Ahora le había ganado el detective.

—Bien, dispere —dijo.

—¿Piensa usted, de verdad, que no ha sido un suicidio? —dijo el detective sin rodeos.

—Mire usted —dijo Luis con voz grave y elevando su brazo derecho con la palma hacia arriba, señalando al tendido—, ¿qué ve usted aquí?

—Perdone, no le entiendo.

—Soy muy claro, ¿qué es lo que ve aquí, en esta habitación?

—No termino de entender, esto es un despacho muy elegantemente adornado...

—¿Nada más? —dijo Luis altivo, elevando la cabeza y sin perder de vista al detective—. No me diga que no le ha llamado nada más la atención, ¿es posible eso?

Emilio no terminaba de entender a Luis, se empezaba a sentir molesto y no sabía por dónde quería llevar la conversación aquel hombre.

—Mire..., es un despacho muy bonito y muy ostentoso, ya se lo he dicho, pero no sé adónde quiere llegar, ni entiendo el por qué. Yo lo que le he preguntado y me gustaría que me contestara es si usted piensa que Antonio se suicidó —dijo Emilio un tanto enfadado por tanta pregunta improductiva.

—No, por favor, no se moleste, no quiero que me malinterprete —dijo Luis suavemente, intentando infundir tranquilidad sobre el detective—. Entiendo que me haga esa pregunta; yo era su mejor amigo y el que más sabía de su vida personal y profesional. Pero es preciso que usted también aprenda a conocerlo, aunque sólo sea un poco, para que esa pregunta lógica que me ha hecho, y que necesita respuesta por desconocer a Antonio, la considere totalmente irracional una vez que tenga unas mínimas referencias sobre él.

Emilio se quedó callado, esperando que Luis le contara todas esas referencias sobre Antonio a las que había aludido.

—¿Qué es lo que más le ha llamado la atención nada más entrar al despacho? Contésteme por favor —insistió Luis ante el silencio del detective.

—Bien, voy a seguir su juego —dijo Emilio—. Me da pudor casi decirlo, pero no es lo que más me ha llamado la atención la magnífica colección de antiquísimos libros que forran las paredes, ni los bellos cuadros que las adornan. Tampoco el soberbio mosaico que estamos pisando ni los muebles estilo isabelino. Lo que más me ha impresionado es...

Emilio guardó silencio, temeroso, casi avergonzado por lo que iba a decir. Era una nimiedad al lado de tan fastuosas antigüedades y obras de arte.

—Siga, por favor, lo iba a decir, no tema —dijo Luis.

—Las luces y colores —dijo rápidamente Emilio, casi sin pensarlo, soltándolo de repente—. Las luces y colores formados por la incidencia de los rayos del sol sobre los espejos del techo y los frescos que hay pintados. Llena la habitación de luz y color en multitud de tonalidades y, me avergüenza decirlo, pero eso es lo que más me ha impresionado.

Luis escuchaba triunfante, sonriente, orgulloso de sí mismo y de lo que estaba oyendo. Ese efecto de luz y color tan impresionantemente diseñado no podía ni debía pasar inadvertido para el visitante.

—Luz y color —repitió—, exacto. Luz y color. Esa era la filosofía de Antonio. Este despacho, aunque es para mi uso, no está decorado por mí. Lo mandó decorar Antonio junto con el resto de las dependencias de la casa. Antonio impregnaba su vida de luz y color, a todo le sacaba el lado positivo y siempre decía que si hay sombra es porque también hay luz que está proyectando esa sombra. Consiste en fijarse en esa luz y no en la sombra. Siempre ha

sido la persona que se ha preocupado de dar ánimo a sus familiares y amigos en los momentos en los que lo han necesitado, y ha sido la persona que, en momentos difíciles, nos ha robado una primera sonrisa para convertirla después en una carcajada.

—Me siento aliviado —dijo Emilio—; cuando contesté que lo que más me llamaba la atención eran las luces y colores pensé que estaba frivolisando.

—¿Frivolisando?; cuando usted ha dicho «luces y colores» habrá notado que me ha salido una pequeña sonrisa —contestó Luis—. Ha dicho lo mismo que decía mi buen amigo Antonio cada vez que alguien, o él mismo, se encontraba en un momento complicado: «luz y color». «Luz y color» —repetió casi para sí.

Emilio notó por primera vez en Luis una voz triste, apagada y trémula cuando parafraseaba a su amigo. Tuvieron que tener ambos una gran amistad, pensaba el detective, y en esta ocasión Luis había utilizado y repetido la frase de su amigo para aplicársela a sí mismo e intentar expulsar para siempre ese maldito dolor que afligía su interior.

—Bueno Luis, creo que por hoy ya es suficiente —dijo Emilio con voz grave, casi contagiado por la tristeza de su interlocutor.

—No, no es suficiente. Usted me ha hecho una pregunta y yo necesito que sepa cómo era Antonio para que no tenga usted ninguna duda de que el suicidio es absolutamente imposible en una persona como él. Él imprimía siempre alegría y esperanza.

—Luis, ya me empiezo a hacer una idea de cómo era su amigo. Ni los amigos ni su familia creen la versión oficial. Creo que eso ya es suficiente para mí.

—No es suficiente —volvió a decir Luis—, yo no quiero que usted crea que Antonio no se suicidó porque eso es lo que cree la familia. Yo lo que necesito es que usted sepa, que esté convencido, de que Antonio no se suicidó. Sólo de esa forma podrá investigar las circunstancias de su muerte.

—Me tiene que dar tiempo. Al inicio recabo todo tipo de información que registro de la forma más objetiva posible, pero de momento sería un error por mi parte caer en la subjetividad de pensar en una u otra dirección. Cuando tenga más datos iré sacando mis propias conclusiones para ir dirigiendo la investigación en uno u otro sentido, pero necesito tiempo —dijo Emilio.

A Luis pareció no gustarle lo que le había dicho el detective.

—Tiempo tiene todo el del mundo. A Antonio no le puede salvar ya la vida. Espero y confío en que, con el tiempo que usted pide, se dé cuenta de que no hubo suicidio, pero sólo quiero recordarle una cosa más para que vea la filosofía de vida que tenía Antonio, su optimismo siempre vigente, y que conseguía impregnarnos a todos los que le rodeábamos.

—Usted me dirá —dijo Emilio rápidamente intentando evitar posibles e innecesarios juegos de largos e improductivos silencios.

—El chimalli —dijo Luis—, ¿por qué piensa usted que Antonio estuvo buscando tres escudos iguales?

Emilio guardó silencio, mirando fijamente a los ojos de Luis para que continuara su relato. Realmente Luis no esperaba una respuesta del detective; era una forma de expresarse.

—Los chimallis eran unos escudos hechos de madera, reforzados con telas y pieles ricamente pintadas, y decorados con plumas de múltiples colores. Era el arma más característica del guerrero de la época y el elemento unificador de la tribu. Había una concepción mística en el alto colorido utilizado en los escudos, como símbolo protector de todo aquél que, en grupo, pudiera utilizarlo, dotándolo de cierto halo de inmunidad. Esta idea de grupo, de colorido y de protección; de felicidad y tutela, en definitiva, que iluminaba para el combate a todo aquél que lo portaba, hizo del escudo el principal elemento de defensa de la tribu.

Emilio escuchaba absorto, cautivado por la particular clase de historia del antiguo México que estaba recibiendo. Sus modales, su cultura, sus conocimientos y su forma de expresarlos gustaban al detective, ya seducido por la bonita historia.

—Pero el grupo no se conformaba con limitar esa mágica amalgama de colores de su principal elemento de protección únicamente a los guerreros en tiempo de combate —continuaba explicando Luis—; era necesario ampliar sus efectos mágicos a todo los miembros de la tribu, de tal forma que la simbología que encerraba este escudo protector, lleno de luz y color, se extendió a todos sus componentes a través de la elaboración de unos colgantes que, a modo de talismán, representaban su escudo protector.

—Por eso era relativamente fácil encontrar tres chimallis más o menos iguales —dijo Emilio entusiasmado.

—Y por eso Antonio encargó esos tres chimallis —subrayó con fuerza Luis—. Tres chimallis para el particular «grupo» de Antonio, para sus seres más queridos, a los que quería dotar, desde la mística de los antiguos guerreros mexicanos, de luz y color, recogiendo de esta forma, una vez más, su peculiar visión de la vida.

—Luz y color —repitió Emilio en voz baja, casi reflexivo.

—Luz y color —repitió en voz alta Luis—. ¿Cree usted realmente que una persona con un planteamiento tan optimista de la vida, y que quería impregnar a todo el mundo que le rodeaba de luz y color, podría cometer un acto tan atroz, tan triste y doloroso como el suicidio? —terminó diciendo.

—Entiendo lo que me dice, me ha explicado muy gráficamente el gran optimismo que rebosaba Antonio y, sin perder la objetividad, voy a trabajar en esa dirección a fin de resolver incógnitas sobre su muerte —dijo Emilio, en parte para romper la vehemencia con la que se estaba explicando Luis—. Pero le adelanto que la investigación no será sencilla; hay que buscar a una mujer de la que no se sabe ni se conoce nada y hay que recabar pruebas en contra de una versión oficial, incluida una autopsia. Será difícil.

—Sé que será difícil; lo sabemos Olga y yo, por eso hemos acudido a usted. Sabemos que hará todo lo que esté a su alcance y, si puede llegar a algo, lo agradeceremos. Si no puede llegar a nada lo entenderemos perfectamente e

intentaremos olvidar el tema con la convicción de que a Antonio lo han asesinado. Es un asesinato y no un suicidio —recalcó.

El detective escuchó por primera vez, y por su nombre, la palabra que tanto Olga como Luis habían estado intentando evitar desde un inicio: «asesinato». Emilio lo interpretó como una tímida apertura a un fuerte bloqueo por la muerte de un ser querido que a todo el mundo cogió desprevenido. Pudo ver durante la conversación con él, que era un hombre resolutivo, que tomaba, sin dudar y con mano firme, la mejor decisión en el mejor momento y, por primera vez, escuchó de él la impronunciable palabra maldita; esa voz proscrita y prohibida, pero no olvidada, que le atormentaba el alma.

Emilio tampoco profirió la execrable y réproba expresión en ningún momento, pues la dureza de su significado podría herir, sin compasión, a la persona con la que hablaba. Cuando el detective escuchó a Luis, sintió un gélido frío en su nuca que le puso la piel de gallina, erizándosele el vello de los brazos. Realmente había tenido una larga conversación con Olga y otra similar con Luis, y ambos estaban convencidos de que Antonio no había muerto por suicidio. Estaba claro que lo habían contratado para resolver un presunto asesinato, pero cuando Emilio escuchó esa palabra se contagió del tabú o del veto que a la misma le habían impuesto los que lo contrataban. «Asesinato», repitió para sí, recalando el importante significado que encerraba aquel vocablo.

—No se preocupe Luis, haré todo lo que esté en mi mano para saber si a Antonio le han quitado la vida, se lo prometo —dijo sin atreverse a pronunciar la perversa palabra, que ya empezaba a producir cierto efecto sobre él.

—Se lo agradezco —dijo Luis poniéndose de pie y extendiéndole la mano para saludarlo en una clara alusión de que daba por terminada la reunión—; si quiere algo más de mí...

—De momento no, gracias por su atención.

Emilio paseaba relajadamente por el Paseo del Prado en dirección a su despacho. Había decidido andar un poco para coger aliento y desintoxicarse de la reunión mantenida con Luis; quería evadirse, evitar pensar en la violenta muerte cuyas circunstancias debía investigar y había decidido centrarse en la bonita filosofía o forma de ver la vida de Antonio, llena de luz y color. No tenía prisa; iba disfrutando de un paseo que, se dio cuenta ahora, necesitaba hacer desde hacía años. Quería impregnarse de ese colorido, de esa luminosidad y forma de ver las cosas de Antonio. «Si hay sombra es porque la luz que hay detrás la está proyectando», esa era su filosofía y Emilio quería empaparse de ella.

La ajetreada y estresante vida que llevaba el detective contrastaba con el relajante paseo que estaba dando, contemplando la inigualable belleza de la vía. Por un instante, por un pequeño momento, había olvidado el reloj que impasiblemente le apremiaba y los problemas cuya resolución esperaban. Estaba llenando ese pequeño momento de luz y color.

Emilio, en su dilatado y tranquilo paseo, observaba el agobiante y trepidante ritmo de vida de la ciudad; los vehículos circulando a gran velocidad,

realizando movimientos sorprendidos y haciendo funcionar sus cláxones de forma incontrolada, altos ejecutivos, a pie o en automóvil, atendiendo una y mil llamadas, viandantes a la carrera intentando coger un autobús o un taxi que acabara de quedar libre; todo el tumulto de la ciudad concentrado en una de sus principales vías neurálgicas de la economía y los negocios. El detective parecía un extraño que nada tenía que ver con esa agitación y ese alboroto que tenía ante sí.

Pero aquel mediodía del mes de septiembre, Emilio no era el único contraste con la ciudad, al menos eso pensaba él. En este momento se encontraba cruzando la plaza de La Cibeles, en cuyo centro se elevaba la diosa que le da nombre, símbolo de la Tierra, la Agricultura y la Fecundidad, convertida también en símbolo de la ciudad. Se erguía majestuosa en su carro de fuego tirado por leones que representaban a Hipómenes y Atalanta, condenados por Zeus a tirar eternamente del carro.

Desde lo alto, y mirando hacia la calle Alcalá, la escultural belleza contemplaba impertérrita el frenético ritmo de la ciudad. Rodeada y protegida por el Palacio de Buenavista, el Palacio de Linares, el Palacio de Comunicaciones y el Banco de España, parecía dominar el emblemático conjunto arquitectónico desde el mismo centro de la plaza. La diosa Cibeles irradiaba luz y color al conjunto, totalmente ajena al caos circulatorio existente a su alrededor.

Pensaba Emilio, como aficionado al arte, que desde la instalación en el siglo XIX de tan augusta estatua, utilizada para que las caballerizas bebieran de su pilón y el público de sus antiguos caños, hasta hoy, la diosa de diosas había visto desde lo alto el dolor, el sufrimiento, la tortura y el padecimiento de sus gentes, de sus conciudadanos, e incluso ella misma había sido víctima de dolencias y ataques, ya olvidados por la diosa, pero presentes en su historia. Recordaba Emilio cómo había sido herida en su brazo derecho y nariz por los bombardeos y disparos que se produjeron en la ciudad durante la Guerra Civil. Esos daños habían llegado incluso a uno de los leones que tiraban de su carro. Pero la ciudad de Madrid supo proteger a su querido símbolo cubriéndolo con una montaña de sacos terreros que hicieron de escudo protector hasta el final de la contienda. Emilio pensó en un gran chimalli hecho con sacos por los ciudadanos como escudo protector de su símbolo. Todo conducía a la luz y color que Antonio había infundido en Luis y cuya influencia empezaba a sentir él mismo.

La estatua era protegida por la ciudad, pero a su vez la ciudad era protegida por tal deidad.

Emilio no olvidaba que sirvió para surtir agua a sus conciudadanos al igual que tampoco olvidaba lo que decía la tradición sobre ella y sobre el sitio en el que fue enclavada: en caso de robo en la cámara de oro del Banco de España, se activaría un mecanismo provocando la inundación, con el propio agua de La Cibeles, de todas las estancias de la cámara, a través de una canalización realizada a tal efecto. Mito o realidad, pensaba Emilio, no lo sabía, pero era lo de menos; el pueblo de Madrid estaba tan agradecido a su diosa

Enrique Hormigo

que había creado esa leyenda, o había escrito su historia, ¡qué más da!, para integrarla plenamente en la cultura de la ciudad.

El detective decidió cogerse el resto del día libre y disfrutar del colorido de la ciudad, de su belleza y de su historia.